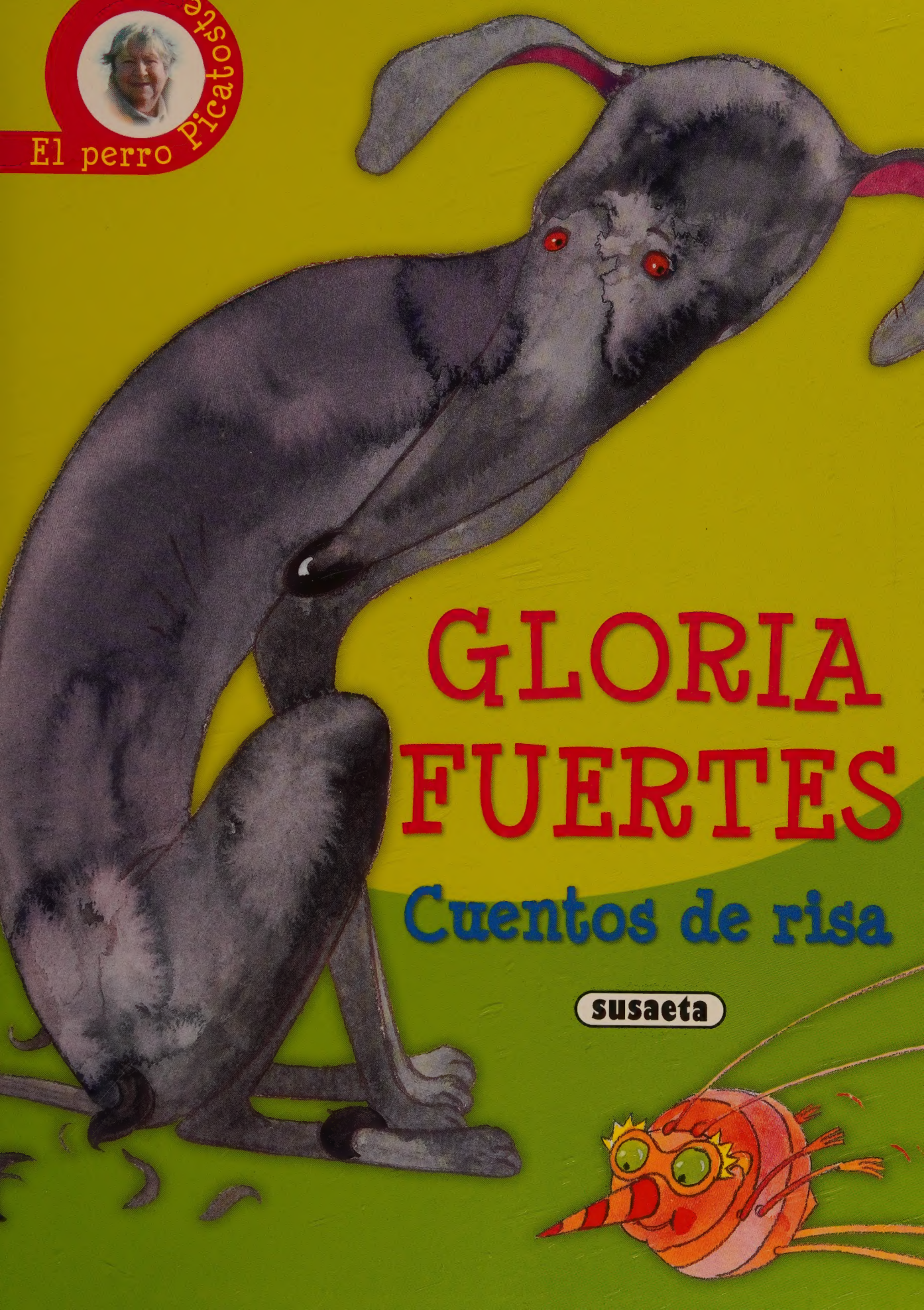
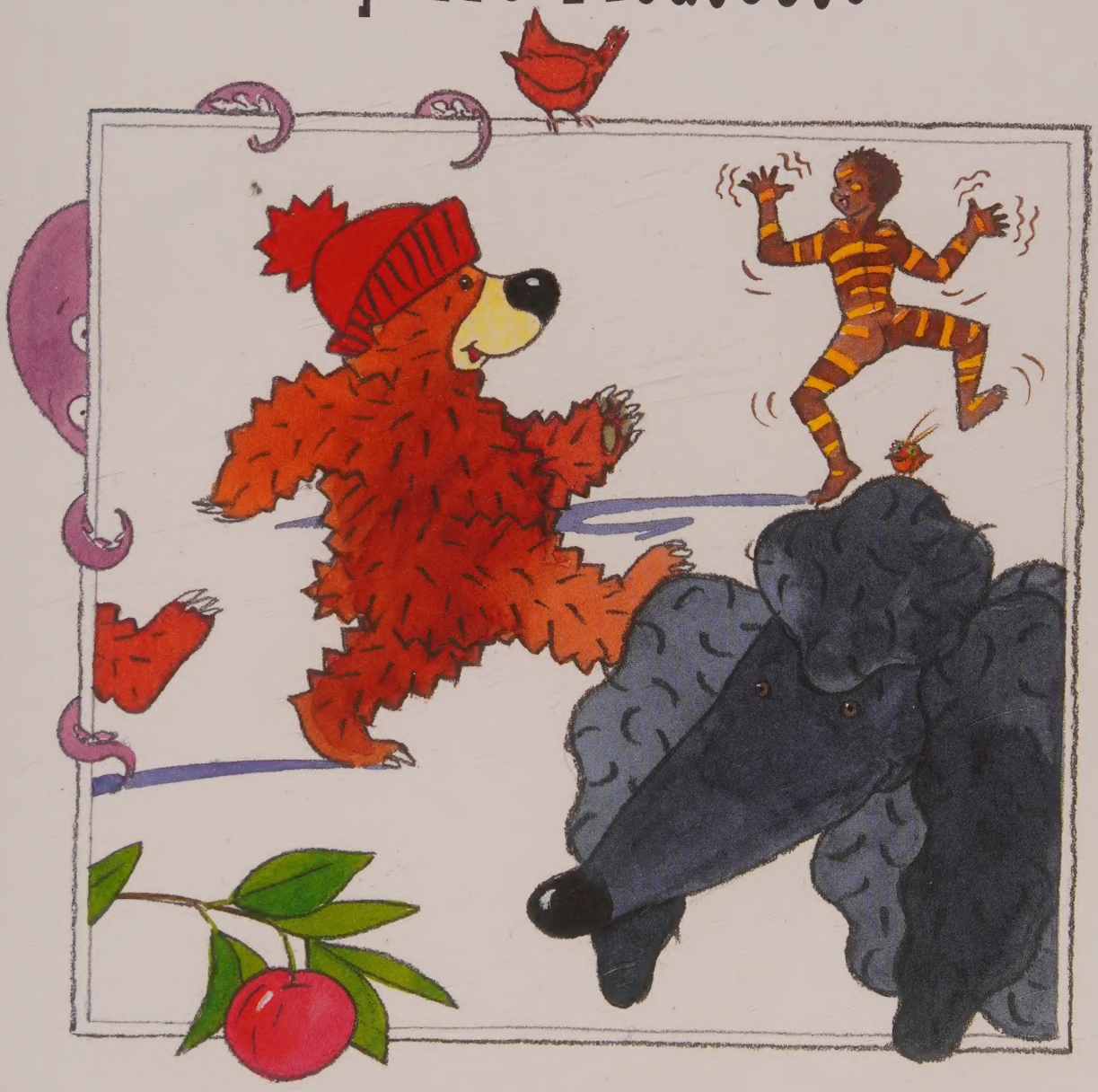

El perro Picatostes
GLORIA FUERTES
Cuentos de risa
susaeta

© Herederos de Gloria Fuertes, 1999
© SUSAETA EDICIONES, S.A.
Campezo, s/n - 28022 Madrid
Tel. 913 009 100 - Fax 913 009 118
www.susaeta.com
ediciones@susaeta.com
Impreso en España

ILUSTRACIONES: Jesús Gabán
Diseño de cubierta: Alejandra Ortiz / Equipo Susaeta

CUENTOS DE RISA

El perro Picatoste



Gloria Fuertes

Ilustraciones de Jesús Gabán

susaeta

El perro Picatoste

Esto eran un perrito y una pulga. El perro se llamaba Picatoste y la pulga, Pulga, pero la llamaban Pedrita.

La pulga saltaba una pulgada,
cada vez que su madre le dejaba.

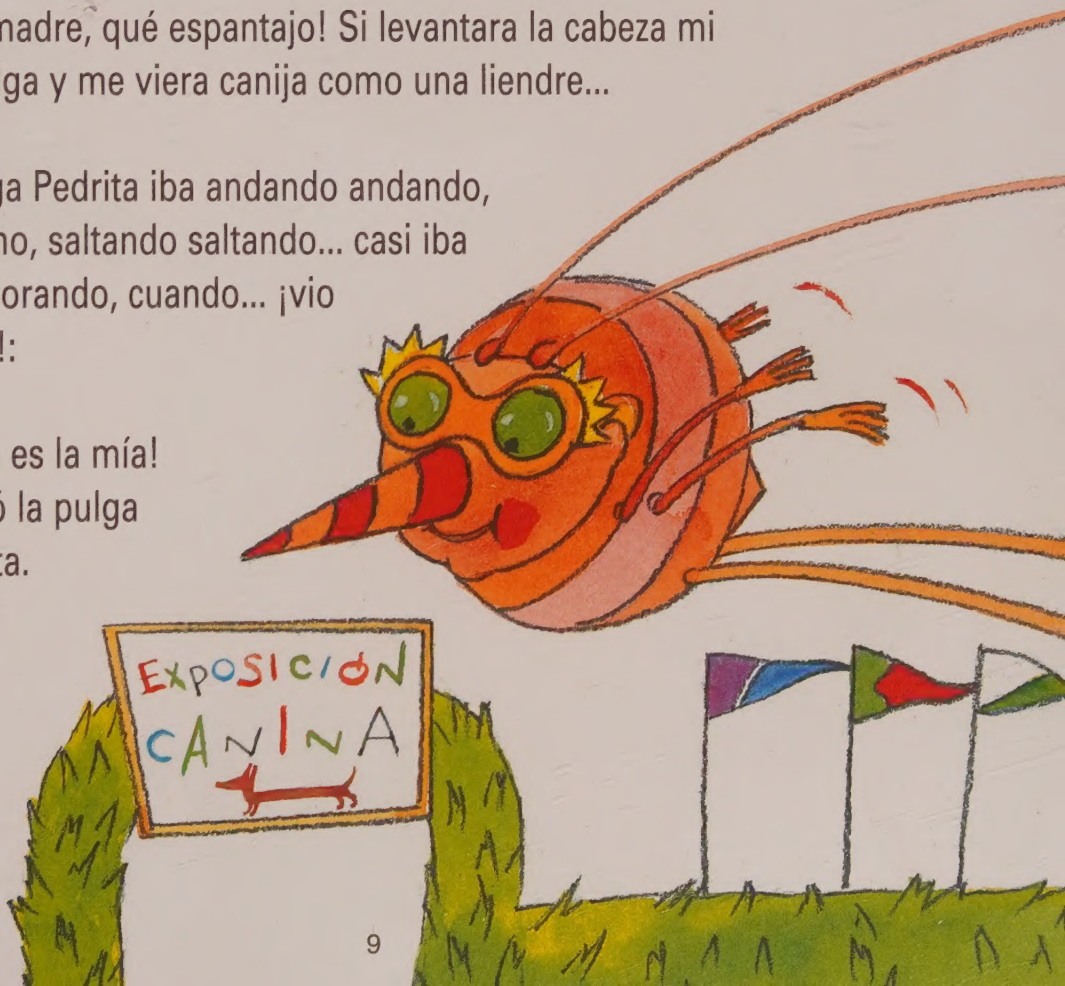
—¡Qué mala suerte tengo! —dijo la pulga—. Yo no sé si saldré de este invierno. Más hambre tengo que los pavos de Benito, que se comían la vía a picotazos.

(La pulga Pedrita se miró en un charco).

—¡Mi madre, qué espantajo! Si levantara la cabeza mi madre pulga y me viera canija como una liendre...

La pulga Pedrita iba andando andando, mejor dicho, saltando saltando... casi iba llorando llorando, cuando... ¡vio un letrero!:

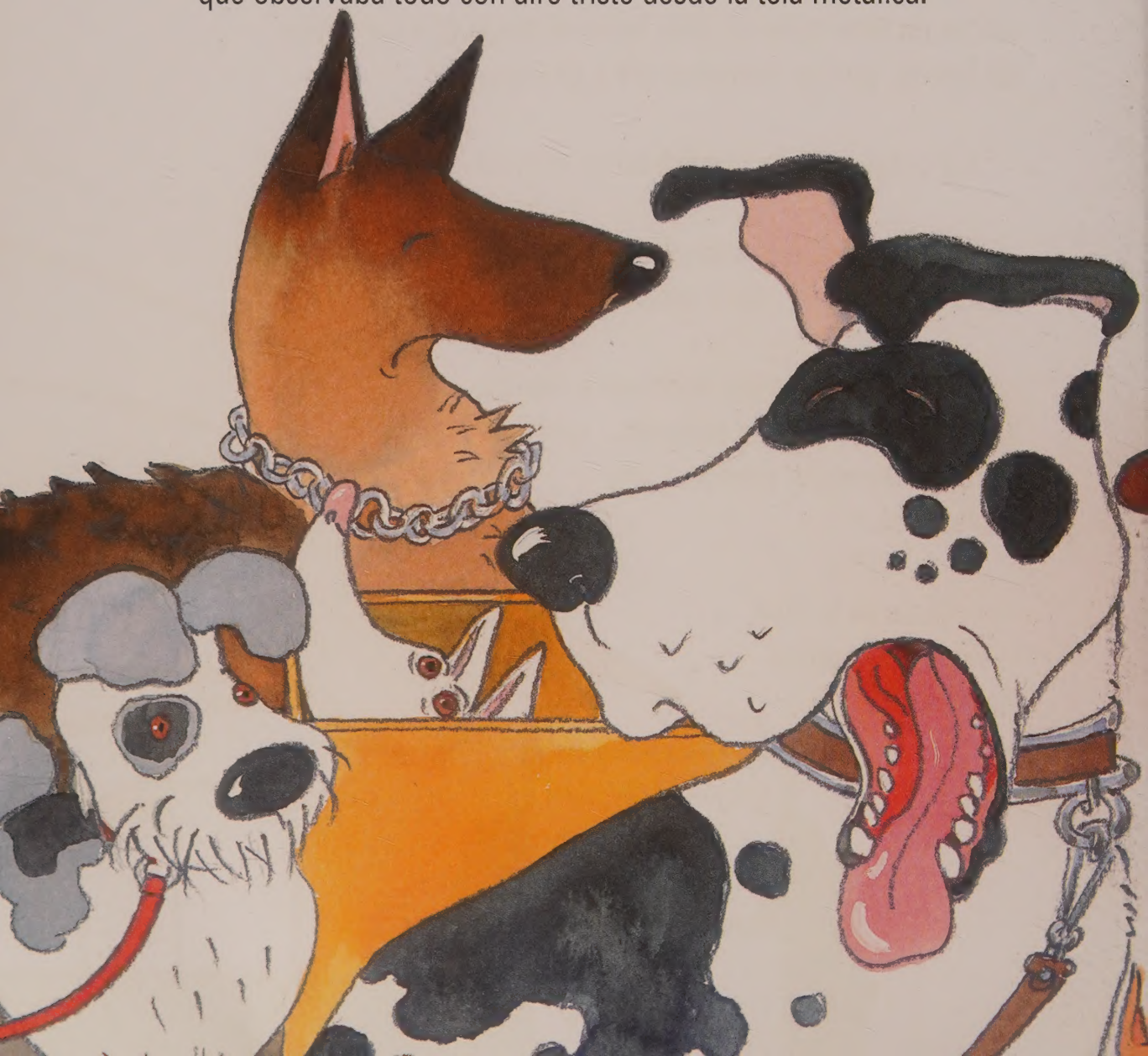
—¡Ésta es la mía! —exclamó la pulga hambrienta.



Echó carrerilla y usó todas las fuerzas que le quedaban para saltar la valla, y vaya que no creía lo que veía.

¡Comedor gratis al aire libre! ¡Variedad de platos para escoger! ¡Perritos calientes y vivos de todos los tamaños y lanas!

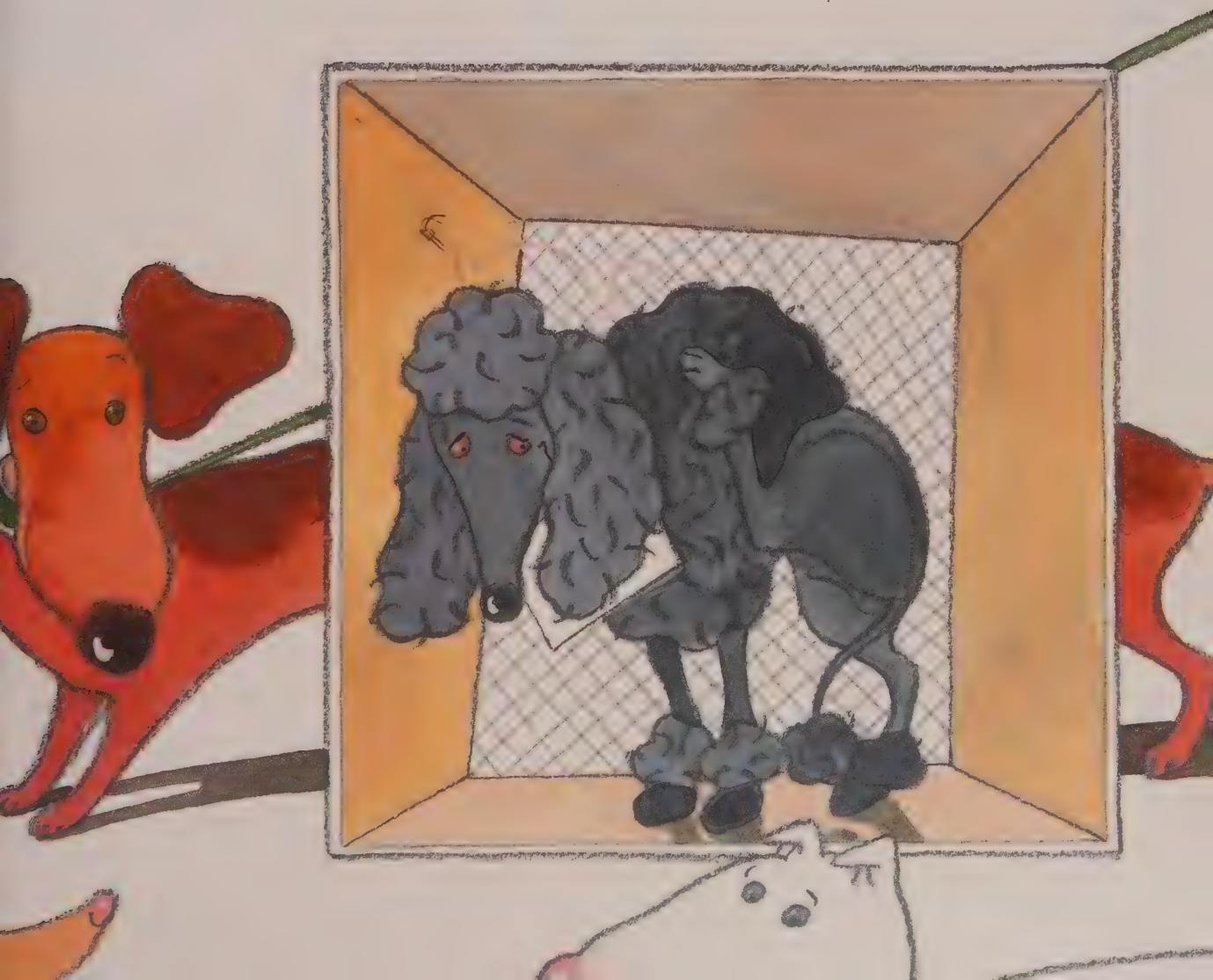
No anduvo pensándolo mucho. Aparcó en la primera jaula. El inquilino de la jaula era un perro negro, alto, bien plantado, bien parecido a su padre, de aspecto apacible, que observaba todo con aire triste desde la tela metálica.



Al cuello le colgaba una medalla que decía: «Me llamo "Picatoste". Soy caniche. Tengo dos años».

La pulga recorrió todo el peludo litoral de Picatoste y por fin se instaló en mitad de la espalda, donde ni patas ni hocico podían impedirle picar y ponerse como el Quico.

La pulga Pedrita fue feliz durante horas, quizás días. También el perro Picatoste estaba más entretenido —rasca que rasca— aunque rascaba por donde no era, como un mal tocador de guitarra.



Después de «comer», pulga Pedrita se iba a dar una vuelta por la Exposición Canina para estirar las patas y dejar dormir la siesta a gusto a su protector. En sus recorridos por el recinto, lugar de la Exposición, vio perros y perros de todos los tamaños, colores y pelambres.

Estuvo tentada de «probar» un galgo cómodo que le ofrecía muchas posibilidades para el camuflaje o escondite, porque una pulga se puede esconder muy bien entre los pelos largos de un galgo ruso. Pulga Pedrita preparó el salto... pero al fin decidió que no. Sería un galgo muy galgo, muy ruso y muy caro, pero su cara era de pescado triste; tenía cara de aburrido.

—¡Bah, para mí —dijo la pulga— todos los perros son iguales, pero sólo uno es mi Picatoste!

No, no eran todos los perros iguales para los señores que tenían que dar los premios a los perros más guapos, más puros, más peinados, más de raza fina o cara. (Lo de la raza-cara no consistía en que el perrito tuviera una cara bonita, simpática, graciosa —¡qué va!— porque los «raza-cara» eran los perros más feos, antipáticos o raros, quitando los fox-terrier, los lobos, los caniches y los setter).

He de deciros que pulga Pedrita no sabía si su Picatoste era caniche o qué, sólo sabía que le había cogido cariño y que además era guapo, y después de observar a todos los perritos que se presentaban al premio, pulga Pedrita volvió a decir:

—¡Bah!, como mi Picatoste, ninguno. —Y tenía razón. Por algo, un día colgaron un cartel en la jaula:

Aquel día ni Picatoste ni la pulga
pudieron estar tranquilos.

¡Qué aluvión! ¡Qué jaleo! ¡Qué alboroto!
La «tele», la radio;
fotos, caricias, piropos
caían sobre Picatoste, que estaba «frito»;
cien caras y doscientos ojos les miraban
sin parar de hablar...

Al día siguiente, peor aún; fue todo lo contrario. Sacaron a Picatoste de malos modales de la jaula y con él sacaron a pulga Pedrita. Unos señores, con manos torpes, regordetas y peludas, empezaron a tocar y a toquetear a Picatoste, como si entre sus rizos buscaran un tesoro.

Unos señores sólo decían: Sí, sí, sí...

Otros decían: No, no, no...

Y seguían hablando:

—¡Hay que meterlos en la cárcel! ¡Hay que detener a sus amos!

—¡Ay!, si este perro no tiene más amo que yo —lloriqueaba pulga Pedrita.

—¡Es un chucho vulgar!

—Lo de chucho, pase, pero lo de vulgar, nada —decía la pulga, pero no se le oía.

En esto, un señor con cara de pocos amigos y ojillos de malo de película sacó una pistola muy rara y apuntó al perrito Picatoste. Pulga Pedrita, muy asustada, batió el récord del medio metro libre varias veces, recorriendo la espalda de Picatoste de oreja a rabo.

El señor de la pistola con cara de pocos amigos empezó a acariciar a Picatoste, pero se notaba que no, que no eran caricias de cariño, porque le acariciaba a punta de pistola, y le pasó el arma por la cabeza. Picatoste empezó a temblar.

Pulga Pedrita le daba palmadas en el lomo con las patitas para calmarle. ¡Pobre Picatoste! (El hombre de la pistola no le estaba acariciando; le estaba esquilando).

—¡Al cero! ¡El corte de pelo tiene que ser al cero! En el examen este perro merece un cero —decía un señor del jurado.

¡Ay! ¡Cómo le dejaron a Picatoste! Daba pena verle. El hermoso caniche parecía una gamba de luto. Sin un pelo de pelo, desnudito, temblaba avergonzado. Con esa mirada triste que a veces ponen los perros y los niños pegados, Picatoste se despedía con una mirada de su único traje, el montón de rizos recortados y negros que sepultaban asfixiando a la pulga.

El hombre de la pistola seguía enfadado:

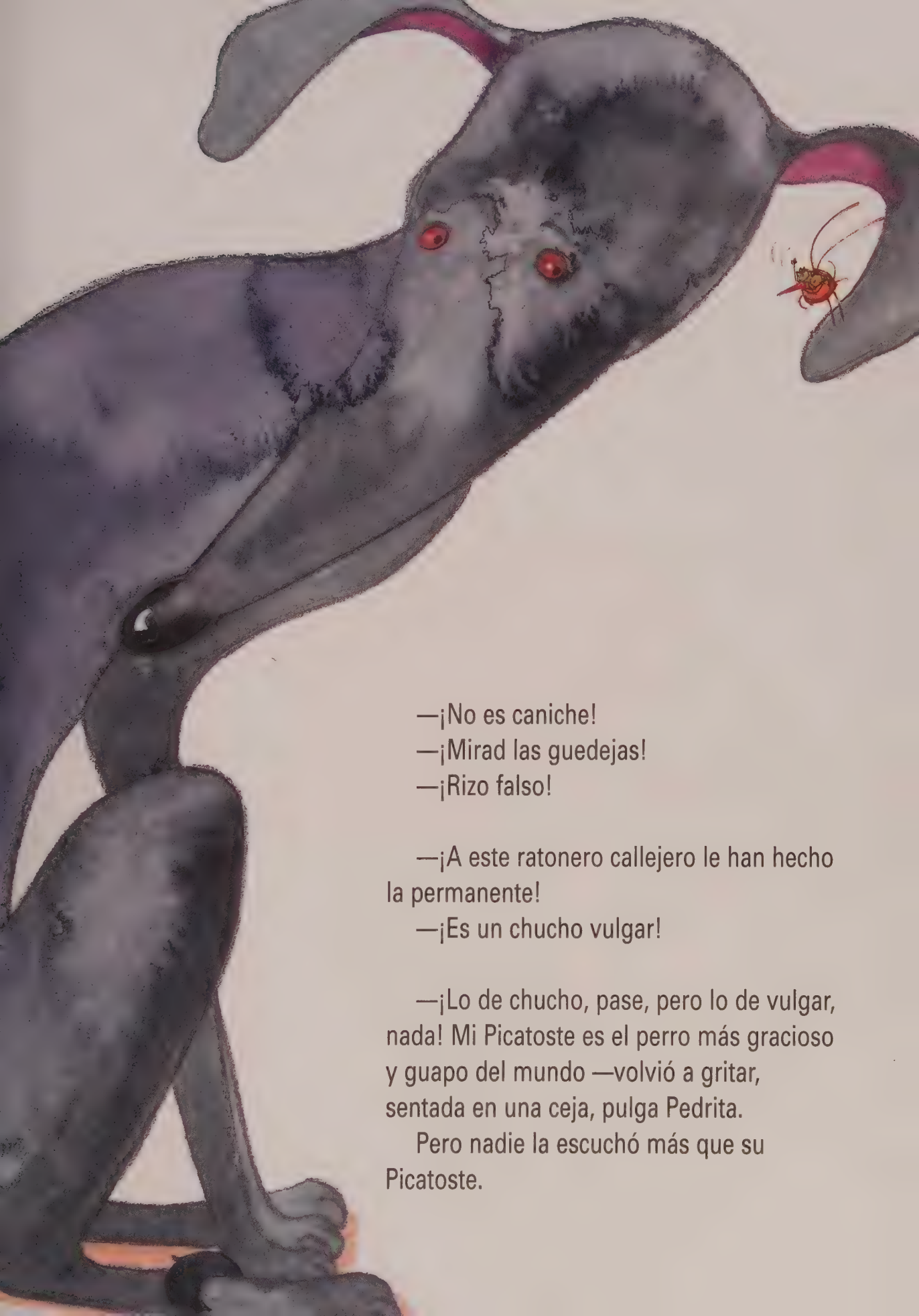
—¡Es un fraude, un hurto premeditado, estafa inicua, está claro! (Pero, para el perro, la pulga y los niños, que no entendieron esas palabras, no estaba nada claro).

Hablaron de llevar los pelos al laboratorio.

—¡Al laboratorio!

Al oírlo, pulga Pedrita se puso mala y con mucho esfuerzo traspasó la montaña de rizos cortados y saltó hasta esconderse dentro de la oreja de Picatoste.

—No te asustes, guapo —le dijo al oído—, que no nos pasará nada. No llores porque te hayan quitado el título; para mí, siempre serás ¡Campeón de Belleza! y nadie ni nada nos podrá separar. ¡Picatoste, soy tu pulga!



—¡No es caniche!
—¡Mirad las guedejas!
—¡Rizo falso!

—¡A este ratonero callejero le han hecho la permanente!
—¡Es un chucho vulgar!

—¡Lo de chucho, pase, pero lo de vulgar, nada! Mi Picatoste es el perro más gracioso y guapo del mundo —volvió a gritar, sentada en una ceja, pulga Pedrita.

Pero nadie la escuchó más que su Picatoste.

Donosito, el osito osado

Donoso era un oso que no crecía y por eso le llamaban Donosito.

Vino del bosque a la población, después de su aventura con el Dragón.

Donosito se enfadó con el Dragón cuando el Dragón grandullón le mordisqueó las orejas.

Donosito fue bien acogido en el pueblo. ¿Por qué no? Si era un oso gracioso, inofensivo y cariñoso. Un oso que jugaba con los chicos y divertía a los mayores.

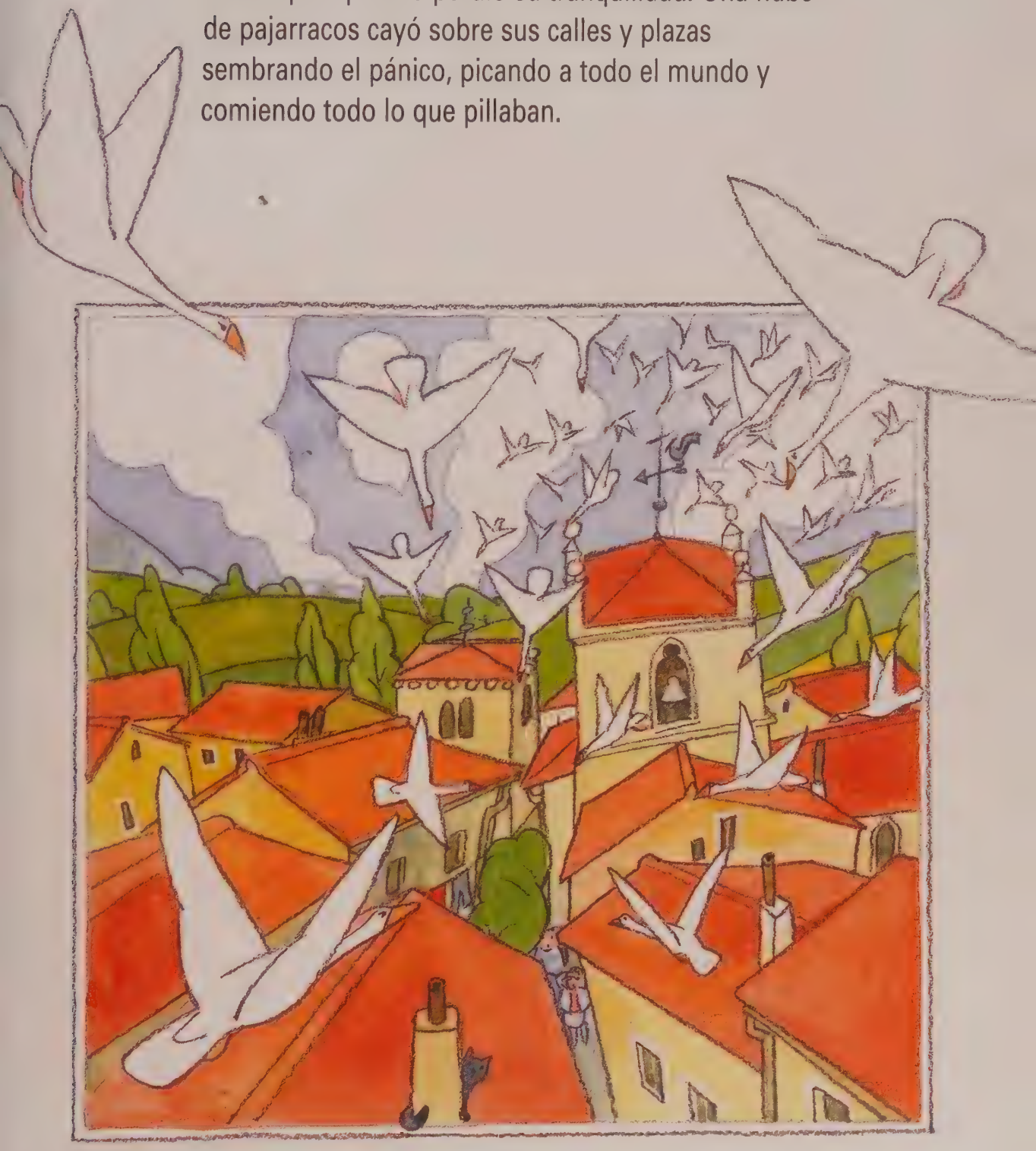
Como le vieron tan pequeño, le mandaron a la Escuela y allí se sentaba quietecito mirando al profesor.

No sabemos si entendía, pero atendía, observaba como un búho, hablar no hablaba, pero se fijaba mucho.

LAS OCAS LOCAS

En la escuela estaba el oso Donosito cuando...

El tranquilo pueblo perdió su tranquilidad. Una nube de pajarracos cayó sobre sus calles y plazas sembrando el pánico, picando a todo el mundo y comiendo todo lo que pillaban.



Eran las temibles ocas locas. Nadie sabía de dónde habían venido ni cómo luchar contra ellas, pues el pueblo era muy pacífico y no tenían ni palos.

Las ocas locas se metían por las ventanas, por los corrales y por los establos ladrando peor que perros, graznando todas juntas, haciendo un ruido infernal de tormenta sin relámpagos.

Nadie podía salir de su casa, ni siquiera asomarse porque más de un picotazo recibía en la nariz.

El maestro cerró con cerrojo la escuela para proteger a sus chicos y aunque el reloj había dado las doce, ¡las doce de la noche!, hacía doce horas que de allí, de la escuela, no salía nadie.

No salía nadie, pero Donosito, el oso osado, salió.

—Le voy a desobedecer, señor maestro. Usted me perdonará, señor maestro. Es la primera vez y la única que le voy a desobedecer, señor maestro.

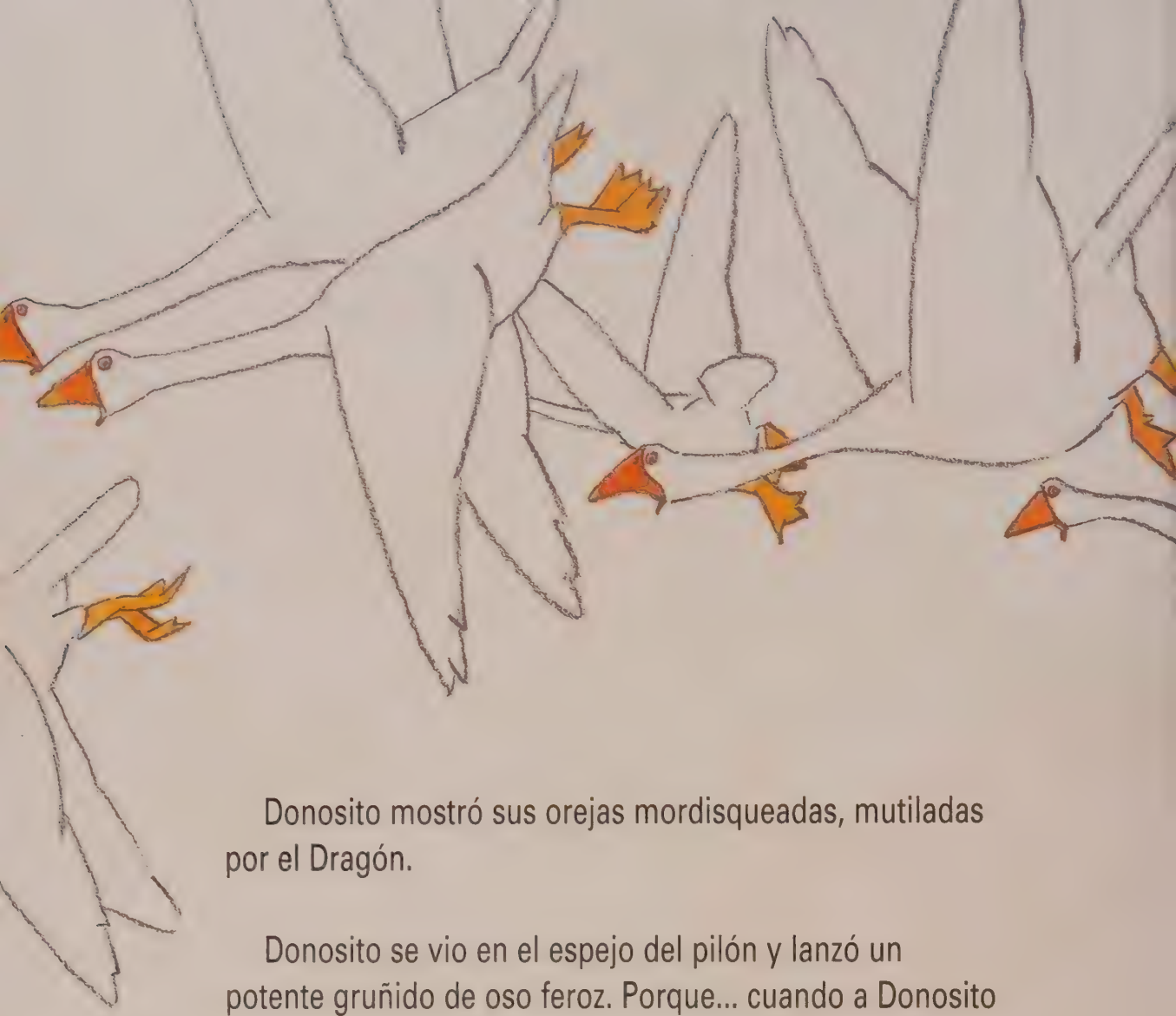
Y diciendo esto, y haciendo un número de circo, Donosito se metió en la estufa, trepó por el tubo de la chimenea, salió al tejado, corrió a saltos inmensos hasta la plaza, se subió a la farola de la fuente, sacó el pecho como un Tarzán peludo... y lanzó un estruendoso estornudo.

Las ocas locas que estaban revoloteando se cayeron de bruces.

Poco duró el silencio. Donosito estaba acorralado por las ocas, que esperaban el momento de quitarle el «abrigo de piel» a picotazos.

—¡Hermanas ocas, hermanas ocaaaasss! —habló el osito con cariño de niño—. Hermanas ocas, os diré dos cosas: cerca de aquí hay un lugar lleno de lombrices y de fresas sabrosas, donde podéis vivir tranquilas sin hacer daño... daño... ¡Ay, qué daño!

Una oca le dio un terrible picotazo en la cabeza y le llevó el gorro de lana.



Donosito mostró sus orejas mordisqueadas, mutiladas por el Dragón.

Donosito se vio en el espejo del pilón y lanzó un potente gruñido de oso feroz. Porque... cuando a Donosito le daba el aire en las orejas (que no tenía) crecía y crecía y creciale la fuerza y llegaba a hacerse un oso enorme de pelo en pecho.

Y así que vieron este extraño suceso las ocas locas, emprendieron la retirada pueblo abajo hasta perderse en la lejanía.

Poco a poco, milagrosamente, volvió el silencio al pueblo.

Donosito encontró su gorro de lana, se lo puso y volvió a su tamaño pequeño de osito normal.

Chirriaron las puertas al abrirse despacio. Volvieron a chirriar las chicharras, volvieron a cotorrear las cotorras, volvieron a cantar los pájaros y a jugar los niños.

Salió el señor alcalde, la alcaldesa, la banda de música, todo el vecindario, chicos y grandes, perros y gatos, todos felices salieron a celebrar el feliz acontecimiento del final del peligro pasado.

Todos felices dieron gracias a Dios.

Donosito el héroe, el oso osado, también dio gracias a Dios juntando sus zarpitas, y nunca dijo a nadie que fue él el que hizo huir a las ocas locas.

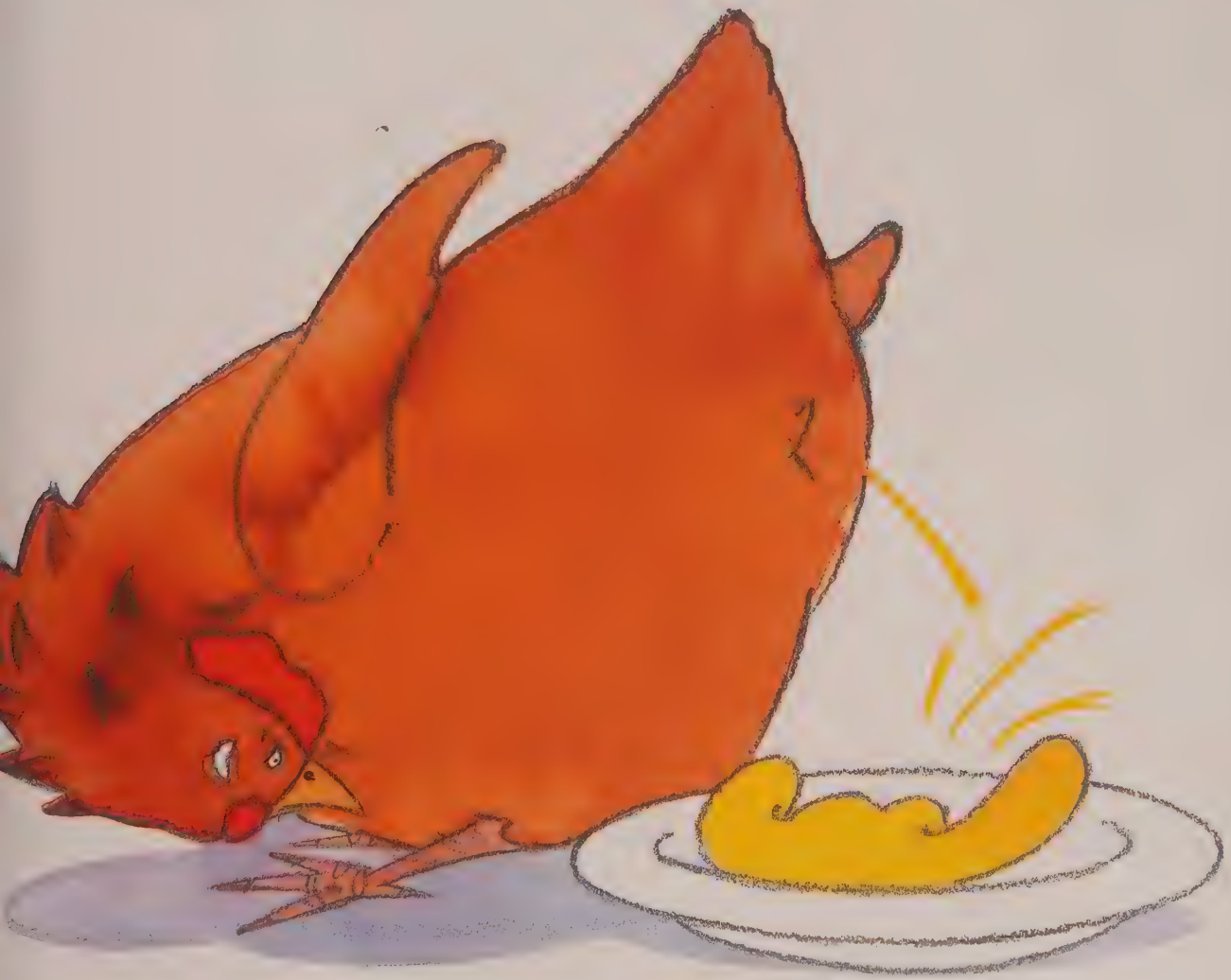
La gallina que no sabía poner huevos

La pobre gallina, de pluma roja y pata fina, no sabía poner huevos.

En vez de poner huevos, ponía ya tortillas, calentitas y deliciosas. Los dueños de la gallina pusieron un restaurante que se llamaba:

«LA GALLINA DE LAS TORTILLAS DE ORO»

Los amos de la gallina y el pueblo entero dejaron de tener hambre, porque las tortillas no costaban un huevo, costaban menos de un huevo. Los amos engordaban y la gallina entristecía.



La gallina está triste.
¿Qué tendrá la gallina?
—Está harta la gallina
de vivir en la cocina.

La gallina quería ser una gallina como todas, quería tener pollitos y no tortillas y, un día, se lo dijo a sus amos, que se iba.

—¡Por favor, gallinita, no quieras ser gallina vulgar y corriente, que nos arruinas! ¡No nos abandones! Eres famosa, has hecho al pueblo feliz y famoso, has salido en la «tele». ¿Qué más quieres? No te vayas, gallinita, que nos dejas en la ruina. Yo te daré más maíz y algarrobas, que sé que te gustan...

—No insistas, ama, me voy mañana. Primero me voy al médico porque estoy malita. Esto que me pasa es muy raro, no me encuentro bien, estoy cansada de quemarme las plumas de la cola al «poner» las tortillas. Me voy al veterinario a ver qué me dice; si me cura, vuelvo.

La consulta del veterinario parecía el Arca de Noé. Burros cojos, cerdos gruñendo, vacas sin leche, perros tristes, gatos rabiosos, cabras tosiendo y ovejas con garrapatas; en aquel ambiente la gallina tuvo que hacer cola y, escondida debajo de una silla, protegiéndose de la tos latosa de la cabra, pensaba:

—Esto está lleno de microbios, aquí cojo yo algo. Va a ser peor el remedio que la enfermedad.

Por fin llegó su turno y la gallina entró en la consulta.

El médico le dijo nada más verla:

—Estás muy gorda, gallinita, tienes mucha grasa.

El médico cogió a la gallina y la puso sobre una mesa.

—Pobre gallinita, tienes mucha grasa y tienes mucha fiebre, te falta calcio y con el calor de la fiebre que tienes dentro de ti y la falta de cal escachifollas la cáscara y el huevo sale frito o en tortilla. ¿A que sí?

—Sí, doctor, ¿cree usted que me curaré? Doctor, quiero ser madre.

—Para ser madre, tienes que pasar hambre.

—Lo que usted diga, señor veterinario.

—No te voy a mandar medicinas, solamente tienes que comer menos, pasar hambre, picotear cal tres veces al día. Si adelgazas, te pondrás buena y tendrás pollitos como cualquier gallina.

—Gracias, doctor.

La gallina de las tortillas de oro volvió con sus amos.

—¡Bienvenida! ¡Qué alegría!

—Lo siento, no alegraros —dijo la gallina—,
se acabaron
las tortillitas,
no os voy a hacer ningún gasto,
tengo que adelgazar,
me voy a encerrar en el gallinero,
tengo que estar sin comer hasta enero.
Y después os pondré huevos,
y tendré pollitos,
que es lo que quiero.

Tres tigres con trigo

Este tigre se llama TIGRE,

éste se llama TRIGO,

y ésta se llama TIGRA
—porque es niña.

Los dos tigres querían mucho a su hermana Tigra.

Tigra era la más nerviosa y peligrosa de todos los tigres.

Pero no eran tres tristes tigres:
pronto aprendieron
a jugar sin gente,
y a comer sin dientes;
empezaron con yerbas,
plantas tiernas
y plátanos dulces.

Cerca de los tres tigres, pasó Naftalina, un negrito de unos cinco años de edad, con todo el cuerpo pintado a rayas amarillas y que, andando a gatas, parecía otro tigre.

Por eso a los tres tigres no les extrañó el nuevo personaje, creyendo que era otro igual, de la misma raza; pero era un niño.

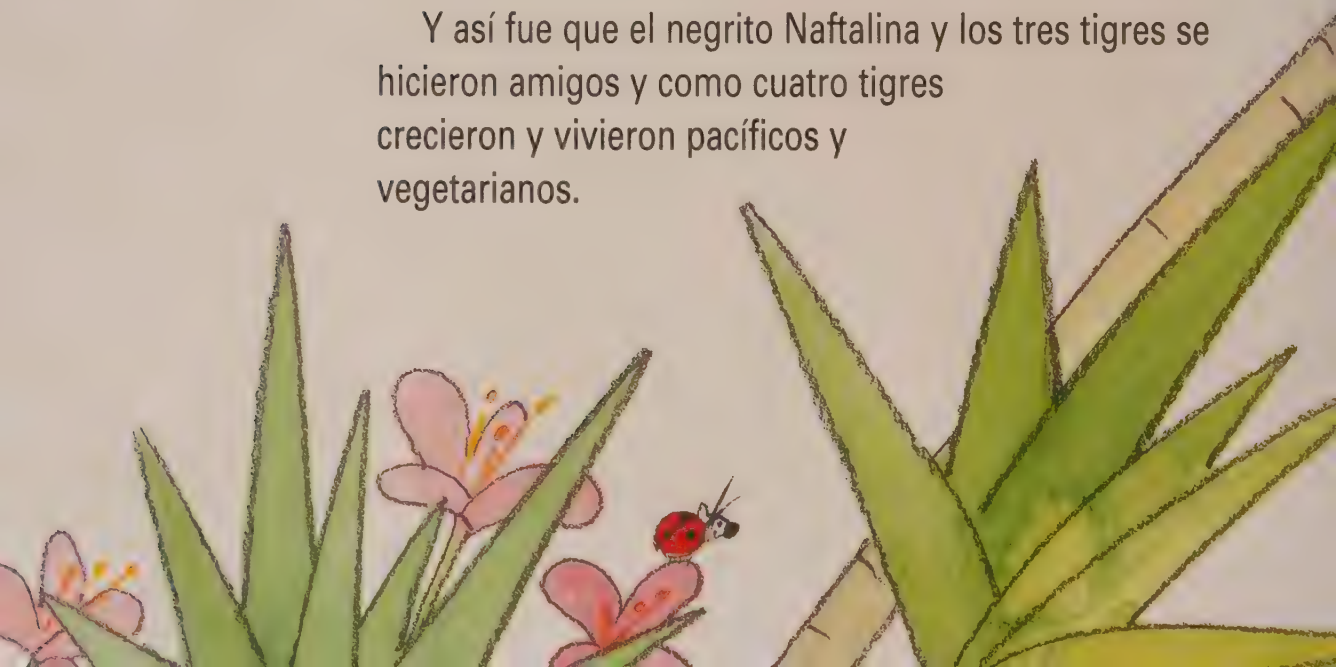
Además el negrito
Naftalina
saltaba como ellos,
andaba como ellos,
trepaba por árboles y rocas como ellos,
comía lo que ellos
y junto a ellos,
tenía
(al cambio)
la misma edad que ellos.

(Porque un negrito de cinco años es como un tigre de cinco meses).

Y como Naftalina era un niño de cinco años, aún no sabía que los tigres eran peligrosos y que se podían comer a un hombre.

Y como los tres tigres eran cachorros de cinco meses, tampoco sabían que los hombres eran peligrosos y que se podían «cargar» a un tigre.

Y así fue que el negrito Naftalina y los tres tigres se hicieron amigos y como cuatro tigres crecieron y vivieron pacíficos y vegetarianos.



Naftalina era ya un hombre fuerte como un Tarzán y los tres tigritos se hicieron tres tigres de rugido en pecho.

Naftalina, como era el «animal» más listo de los cuatro (por algo era hombre), se había hecho una especie de tambores con palos de ramas y piel de serpientes y los tocaba al atardecer con las manos.

¡Qué bien tocaba los tambores! Era un artista, porque nadie le había enseñado a hacerlo, y eso es ser artista.

Lo más maravilloso es que, imitándole, también tocaban los tambores los tres tigres. Y, cantando y riendo, tocando y disfrutando, estaban felices en su paraíso particular.

HASTA QUE...
PASÓ LO QUE TENÍA QUE PASAR.
PASÓ UN HOMBRE Y...
SE ACABÓ EL CONCIERTO.

El hombre era
blanco, bigotudo,
escopetudo,
desgreñado,
arañado, roto,
parecía un náufrago
o un loco...

Se echó la escopeta a
la cara y...

¡SOOO,
SOSEGAROS!
¡QUE NO
COMEMOS
CARNE!

Al domador se le encasquilló la voz en la garganta y la bala en la escopeta.

¡CIELOS! ¡UN TIGRE QUE HABLA! ¡POCO A POCO, ME ESTOY VOLVIENDO LOCO!

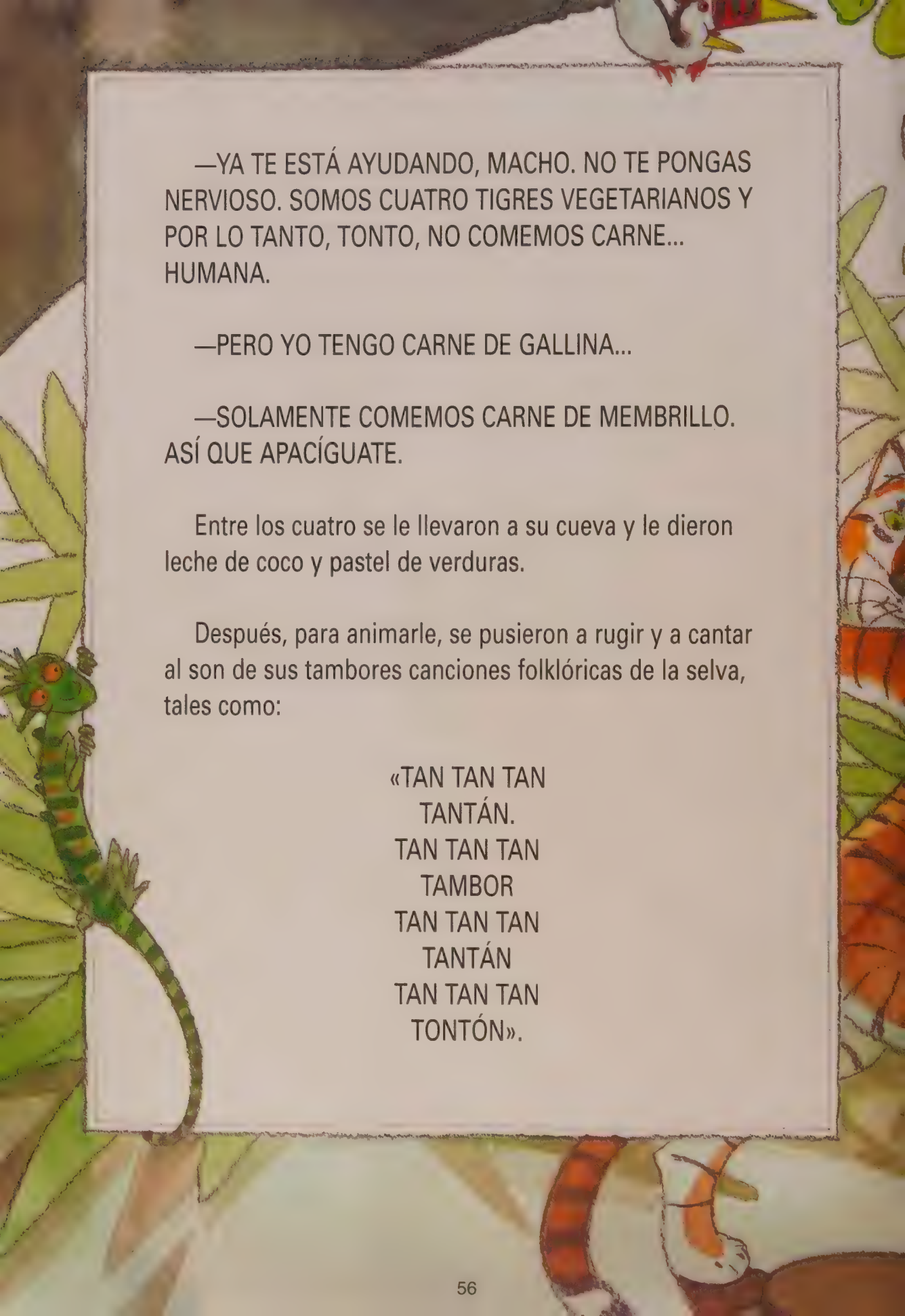
Y salió corriendo corriendo. Naftalina y los tres tigres le siguieron, hasta que el domador cayó por un barranco y perdió la escopeta y el conocimiento...

Cuando el domador abrió los ojos vio sobre su cara tres cabezotas de tigre lamiéndole las heridas, mientras Naftalina le echaba agua en la cabeza con una concha para espabilarle.

El domador por poco no se marea otra vez.

(Imaginaros si os despertáis y no veis más que cabezas de tigre sobre vuestra cabeza y la cara pintada de un negrito salvaje y sin traje).

—¡DIOS MÍO, AYÚDAME! —exclamó el domador.



—YA TE ESTÁ AYUDANDO, MACHO. NO TE PONGAS NERVIOSO. SOMOS CUATRO TIGRES VEGETARIANOS Y POR LO TANTO, TONTO, NO COMEMOS CARNE... HUMANA.

—PERO YO TENGO CARNE DE GALLINA...

—SOLAMENTE COMEMOS CARNE DE MEMBRILLO. ASÍ QUE APACÍGUATE.

Entre los cuatro se le llevaron a su cueva y le dieron leche de coco y pastel de verduras.

Después, para animarle, se pusieron a rugir y a cantar al son de sus tambores canciones folklóricas de la selva, tales como:

«TAN TAN TAN
TANTÁN.
TAN TAN TAN
TAMBOR
TAN TAN TAN
TANTÁN
TAN TAN TAN
TONTÓN».

—GRACIAS, AMIGOS. NUNCA OS FALTARÁ, QUERIDOS TIGRES, TRIGO.

Y el domador, aunque estaba bajo una cueva, vio el cielo abierto y soñó con el éxito mundial que tendría si presentaba en su circo lo que estaba viendo.

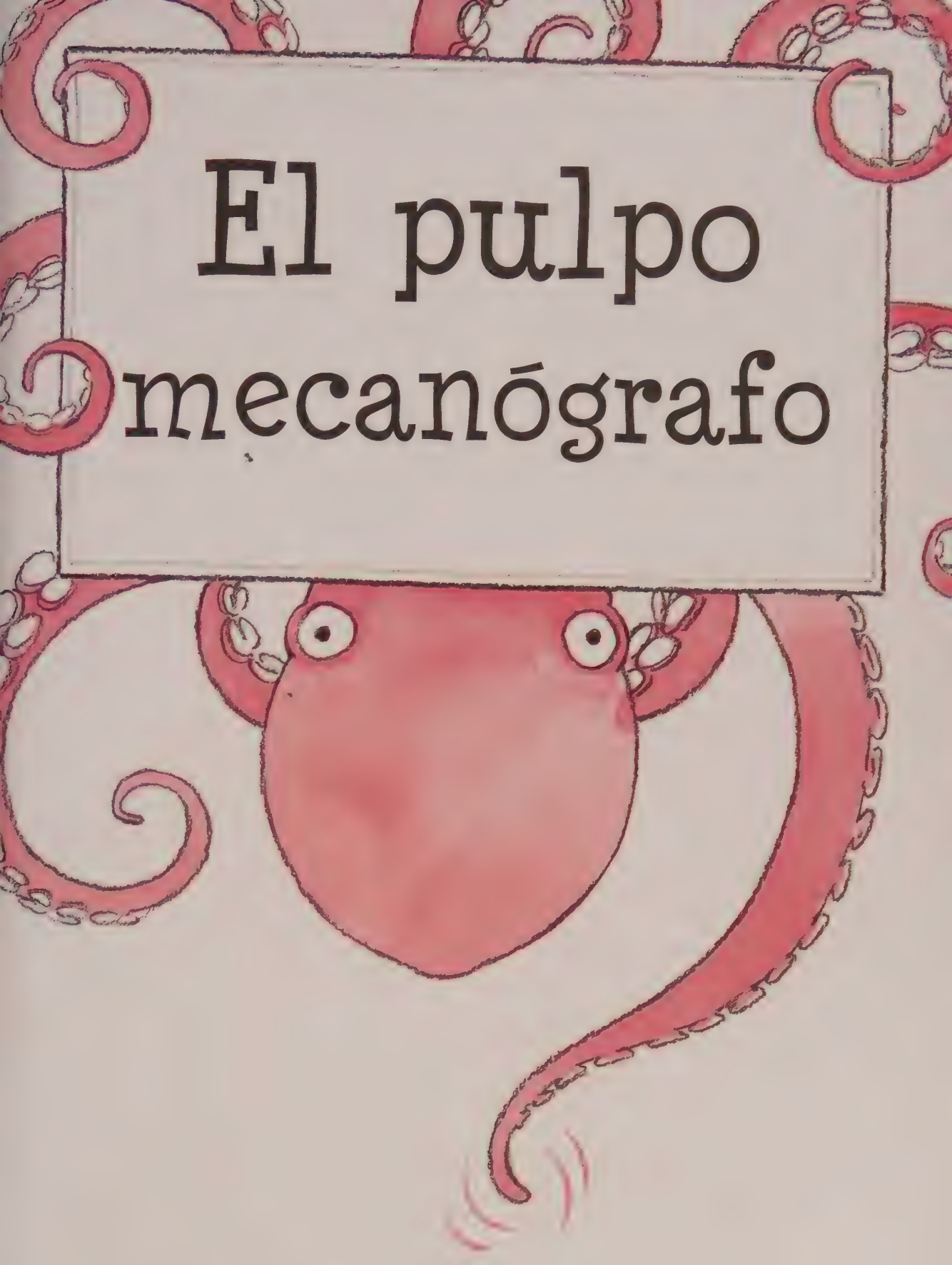
... Pero no terminaron en el circo, terminaron en este cuento.

Y ahora vosotros los estáis viendo:

y Naftalina;

¡cuatro tigres!
con trigo y contigo.

El pulpo mecanógrafo



Sus ojitos de botón negros como dos tinteros giraban mirando todo.

El pulpo se acomodó cómodamente en el sofá de la oficina.

El sofá quedó invadido por todos sus tentáculos y sus ocho brazos colgaban como flecos esparciéndose graciosamente sobre la alfombra.

Se abrió la puerta y entró el jefe con su cara blanca de jefe, pálido como una hoja de papel. Cara blanca que cambió por roja al ver lo que veía.

JEFE: ¡Ah!... ¿Es usted... usted?

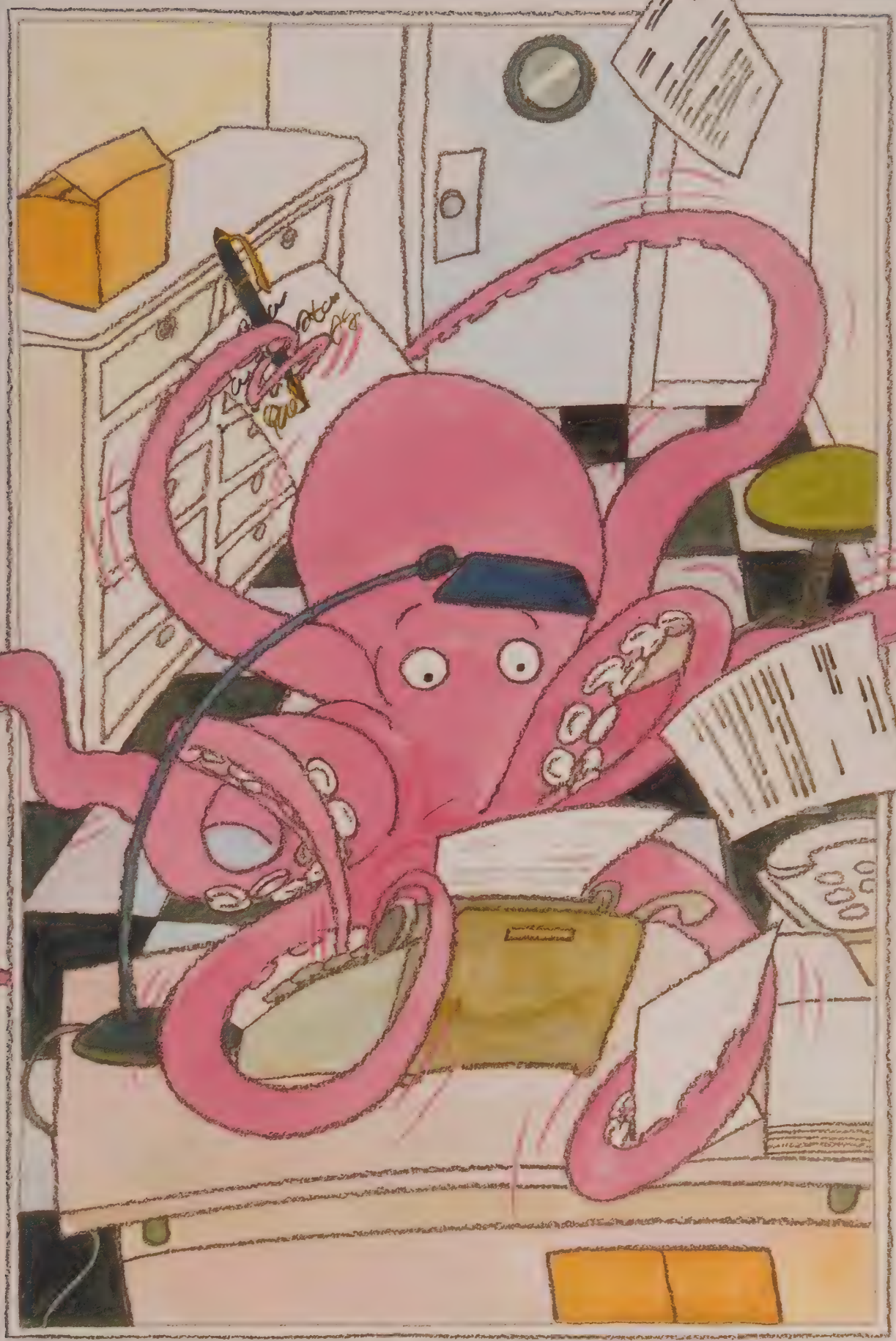
PULPO: Sí señor, yo soy usted, y usted es el que me va a dar trabajo, ¿a que sí?

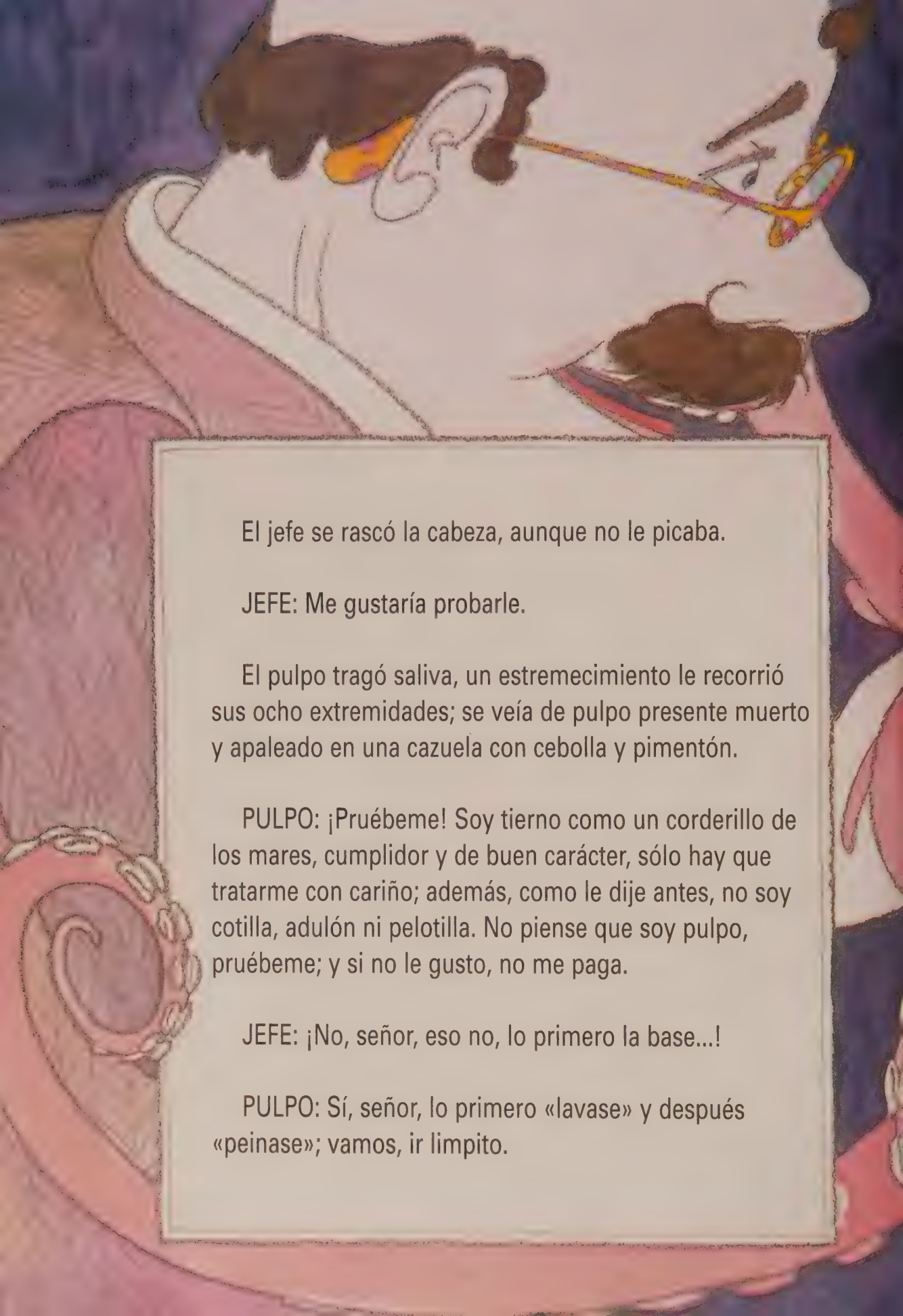
JEFE: ¡Pues sí!

PULPO: Sí, servidor es mecanógrafo —hoy dactilógrafo— mañana robot-gráfico, también soy un poco fotográfico... Mi deseo es que quiero trabajar en lo mío, no se fije en mi aspecto exterior; un mecanógrafo sólo tiene que ser mecanógrafo, ortográfico y rapigráfico. Yo soy más rápido que la mar —que es mi pueblo—, corro más que la luz y no soy cotilla, adulón ni pelotilla, ¡mire qué maravilla! —y alzando todas sus patas por alto, añadió—: Me pueden dictar las cartas ocho personas al mismo tiempo. Escribo un millón de palabras a la hora. De gastos nada, las cartas personales las puedo escribir a mano (en ese caso yo pongo la tinta); tampoco necesito papel de calcar para hacer las copias.

JEFE: ... Pero es que yo no contaba con... con que el nuevo empleado fuera un pulpo.

PULPO: Pues sí señor, lo ha adivinado, aunque no lo parezca soy un pulpo y usted es inteligente, clarividente y suficiente para comprender que soy pulpo por culpa de mi madre Calamara y de mi padre Jibia; pero como secretario viene de secreto, usted no tiene por qué decir al señor director que su nueva secretaria es un pulpo.





El jefe se rascó la cabeza, aunque no le picaba.

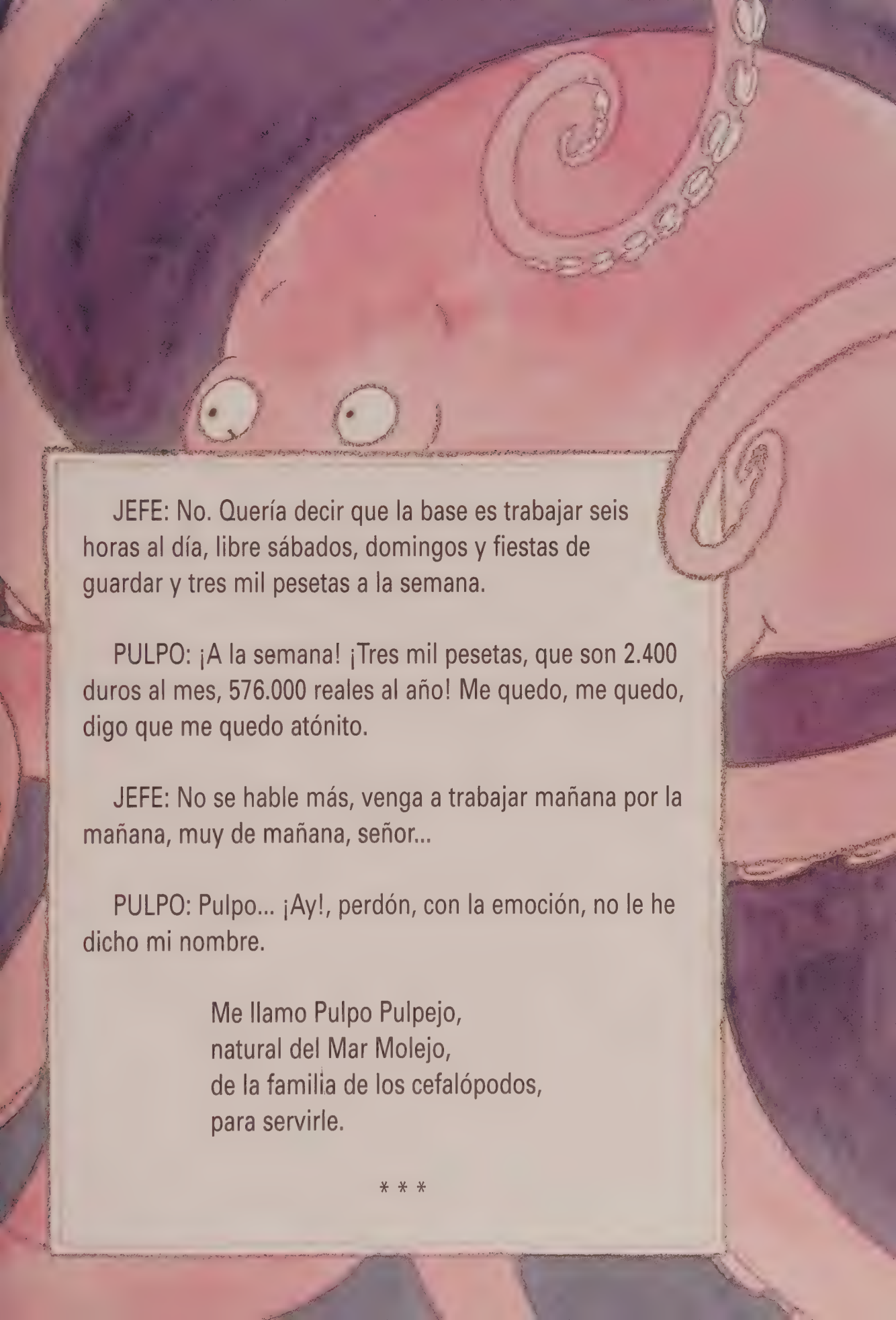
JEFE: Me gustaría probarle.

El pulpo tragó saliva, un estremecimiento le recorrió sus ocho extremidades; se veía de pulpo presente muerto y apaleado en una cazuela con cebolla y pimentón.

PULPO: ¡Pruébeme! Soy tierno como un corderillo de los mares, cumplidor y de buen carácter, sólo hay que tratarme con cariño; además, como le dije antes, no soy cotilla, adulón ni pelotilla. No piense que soy pulpo, pruébeme; y si no le gusto, no me paga.

JEFE: ¡No, señor, eso no, lo primero la base...!

PULPO: Sí, señor, lo primero «lavase» y después «peinase»; vamos, ir limpito.



JEFE: No. Quería decir que la base es trabajar seis horas al día, libre sábados, domingos y fiestas de guardar y tres mil pesetas a la semana.

PULPO: ¡A la semana! ¡Tres mil pesetas, que son 2.400 duros al mes, 576.000 reales al año! Me quedo, me quedo, digo que me quedo atónito.

JEFE: No se hable más, venga a trabajar mañana por la mañana, muy de mañana, señor...

PULPO: Pulpo... ¡Ay!, perdón, con la emoción, no le he dicho mi nombre.

Me llamo Pulpo Pulpejo,
natural del Mar Molejo,
de la familia de los cefalópodos,
para servirle.

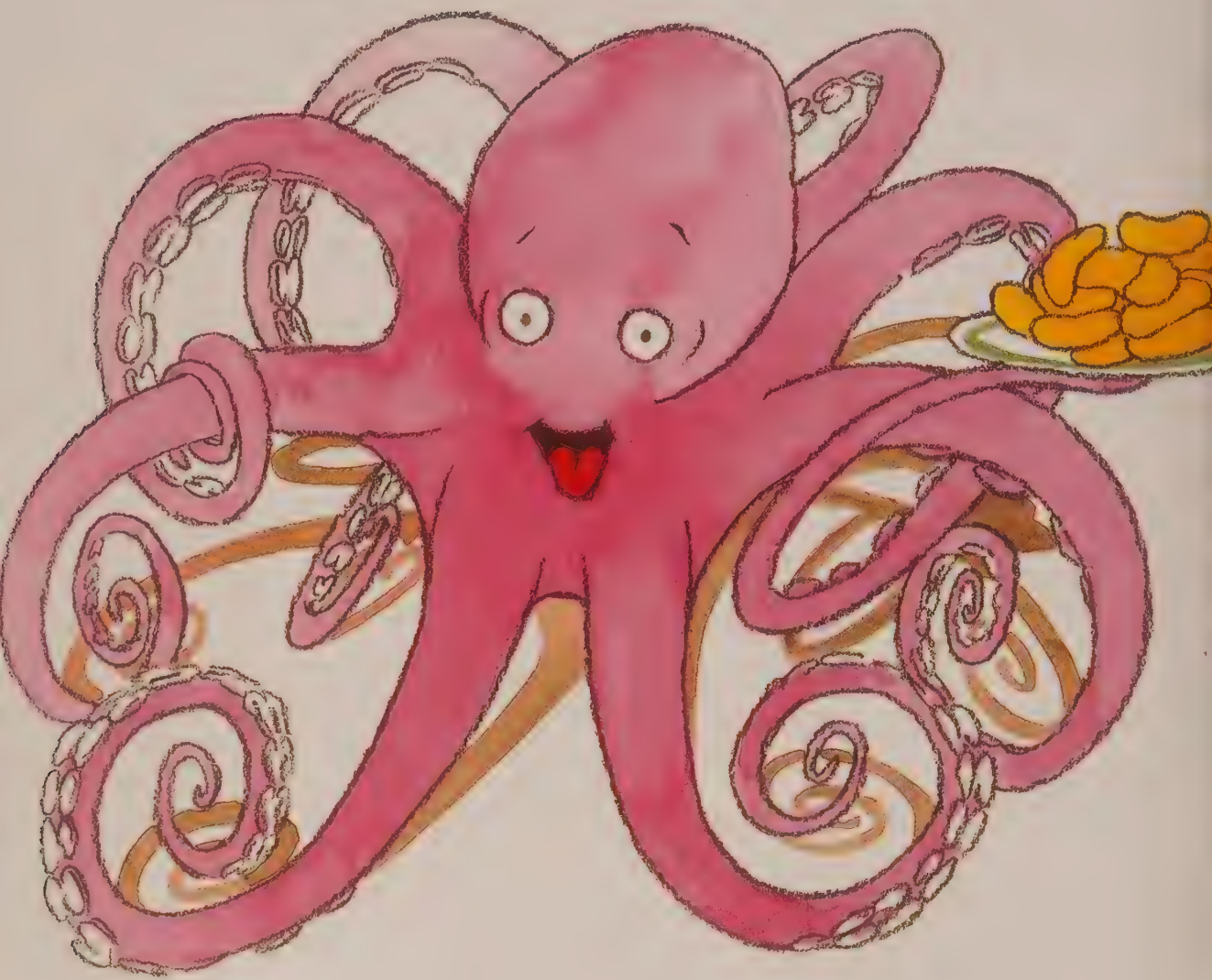
* * *

Los lunes se amontonaba el trabajo, el pulpo sudaba tinta.

—¡Que cante el pulpo, que cante!

Era el día del cumpleaños del señor director.

Hubo guateque con tapitas, copitas y patatas fritas. Y el pulpo cantó unas canciones marineras y «Asturias patria querida».



Al final de la comida, cuando iban a empezar los discursos, echaron de menos al pulpo.

—¿Y el pulpo? ¿Dónde está el pulpo?

Llamaron a todas las puertas, y nada.

Llamaron a todos los puertos, y nada.

A todas las Comisarías Marítimas, y nada.

—¿Dónde está el pulpo?

—Nada.

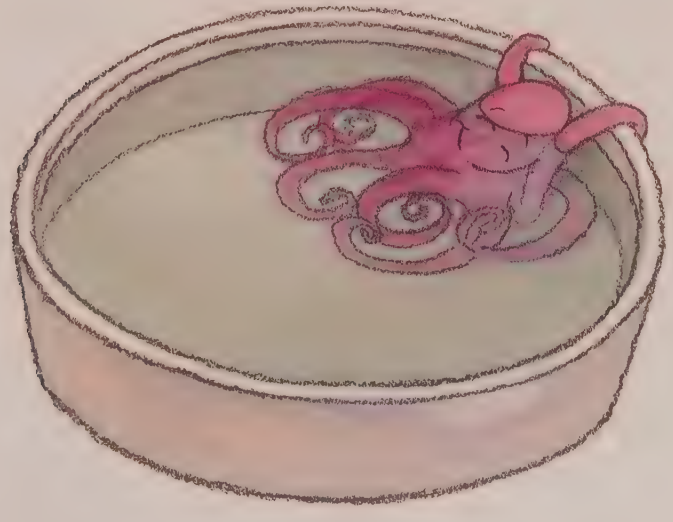
—Ya lo sé que nada, pero ¿dónde?...

Nadie sabía nada.

A la mañana siguiente, le encontraron durmiendo tranquilamente en el estanque de la fábrica...

Para llegar puntual a la oficina.

Y la amistad reinó entre ellos.



Moncho y Pío encuentran a su tío

Cogidos de la mano iban Moncho y Pío,
a encontrarse con su tío.

Ya sabéis que Moncho y Pío se querían mucho, se llevaban muy bien, eran como uña y carne, mejor dicho, como uña y pelo. Por cierto, hablando de uña y pelo, Moncho dijo:

—Ven aquí que te corte las uñas Piíto, que me traes fritito.

Cuando me das la mano me arañas la palma.

También te voy a cortar el pelo por detrás de las orejas, te da calor y te quita belleza.

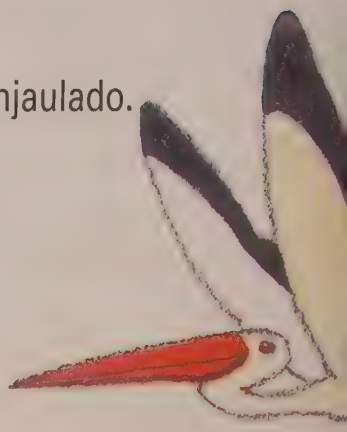
¿Quieres que te deje melenita de león o de Colón?

—Prefiero de oso, no soy caprichoso.

—¿Te corto el flequillo para que parezcas un chiquillo?

—¡Haz lo que quieras, Moncho, pero pronto!

Me estoy poniendo nervioso, como un oso enjaulado. Vamos a llegar tarde a la estación de trenes.



—Es que quiero que te vea guapo tu tío, Pío.

—Si llegamos tarde no me va a ver.

Se pararon junto a un arroyuelo,
para refrescarse las patas, y arreglarse los pelos.

—¡Venga, Moncho! ¡Vamos! ¡Corre!

A los pocos minutos de llegar a la estación de «Animalandia», unos pitidos anunciaban la llegada del tren.

Pero ¡qué tren! En vez de decir ¡Piii! ¡Piii! como todos los trenes, decía ¡Pip Pío que llega Osopío!

El tren venía a tope, lleno, lleno, lleno, más que un tren parecía el «Arca de Noé».

Cientos de animales de todas las especies, clases y plumajes se asomaban por las ventanillas o empezaban a bajarse en marcha, mientras los plumíferos salían volando.

En la estación no cabía un alfiler y el tío de Pío sin aparecer.

Por fin, en las escalerillas del último vagón, apareció...

Apareció un humano con chistera, rostro y bigote retorcidos, pantalón de montar y chaqueta de pingüino.

—¡Mira, Pío! ¿Es ese tío tu tío?

—No, Moncho, ¡qué va a ser! Mi tío es un oso de pelo en pecho, más alto que tú y más peludo.

Al decir Pío «peludo», toda la puerta del vagón se llenó de pelos, quitando dos ojitos relucientes y un hocico color de rosa.

—¡Pío! ¡Mi Pío! ¡Pío mío! —gritó la masa peluda.

—¡Pío! ¡Tío Osopío! ¡Bienvenido, tío!

Y en un abrazo familiar se besuquearon tiernamente.

—Mira, tío Osopío, aquí mi amigo Moncho, del que ya te hablé.

—Oh, Moncho, sé que eres para mi sobrino como un hermano, por lo tanto llámame tío.

—Sí, tío.

A todo esto el tío del bigote retorcido, que no dejó de mirar a Moncho y a Pío, se despidió para recoger el equipaje.

Los tres ositos se sentaron en el bar de Animalandia, a tomar unas frutas y a charlar.

—Tío —dijo Pío —, ¡qué collar tan brillante tienes!

—Es para que se me vea mejor.

—Tío —dijo Pío—. ¿Esas piedras preciosas son preciosas o de mentirijillas?

—Son piedras falsas, sobrino, pero brillan igual con los focos.

—¿Qué focos? —preguntó Moncho mosca.

—Eso os lo explicaré más tarde. Tengo una gran noticia que daros, quedaros conmigo, será una gran sorpresa. Ahora disimular, hablemos de otra cosa, que regresa mi representante.

(El representante era el tío del bigote retorcido).

—Bien, hermosos osos, nos espera el taxi.

El taxi era un coche de cuatro caballos, pero caballos de verdad.

El taxi se paró en medio del campo ante una casa muy rara, puntiaguda, con redes de tela.

Anochecía. En el letrero luminoso se leía:
«CIRCO KO».

Moncho y Pío entraron bajo la lona con algo de susto.

—Pasad a mi cuarto —dijo tío Osopío—, aquí vivo tranquilo.

En la habitación había mucha paja en un rincón, restos de comida en otro y un gigantesco columpio de madera.

—¿No te molesta el collar, tío? —preguntó Moncho por decir algo.

—No, ya no me molesta, me he acostumbrado, peor era el collar de antes, que era una cadena de hierro. Cuando me dieron el diploma de «Domesticado», porque saqué buena nota en el examen de trapecio, me quitaron la cadena y me dejaron suelto.

—Sí, pero ¿no eres libre, tío?

—Según lo mires, sobrino. Si no tienes preocupaciones eres libre. Aquí en el circo nada me preocupa. No tengo más quehacer que sentarme en una silla durante la función, saltar sobre una tabla y bailar el vals de las olas. Después, como bien, duermo bien y no me falta de nada.

—Sí, pero eso no es vida para un oso, tío, no eres tú.

—¿Cómo que no? Aquí en el circo hago el oso, soy quien soy.

—No me convences, pierdes el tiempo, tío Osopío.

—Yo estoy de acuerdo con Pío —dijo Moncho.

—¿Que pierdo el tiempo? Todo lo contrario. Trabajo. Divierto a los niños. Los niños me quieren. Los niños me conocen. Allí en el bosque helado, a ver ¿qué niños me conocían?

Me gusta ser oso de circo. Además, aquí no pasa frío tu tío y ya voy para viejo. Y ahora... Bueno, ahora llegó la hora de daros la gran noticia, ¡la gran sorpresa!...

En el Circo Ko hacen falta osos. Y mi representante y jefe os quiere contratar.

—¡Ni hablar! ¡Ni hablar!

—¿Qué quiere decir «ni hablar»?

—Quiere decir lo que quiere decir, que ni hablar de ello. Y vámonos, Pío, que no llegamos al tren del Bosque-hermoso.

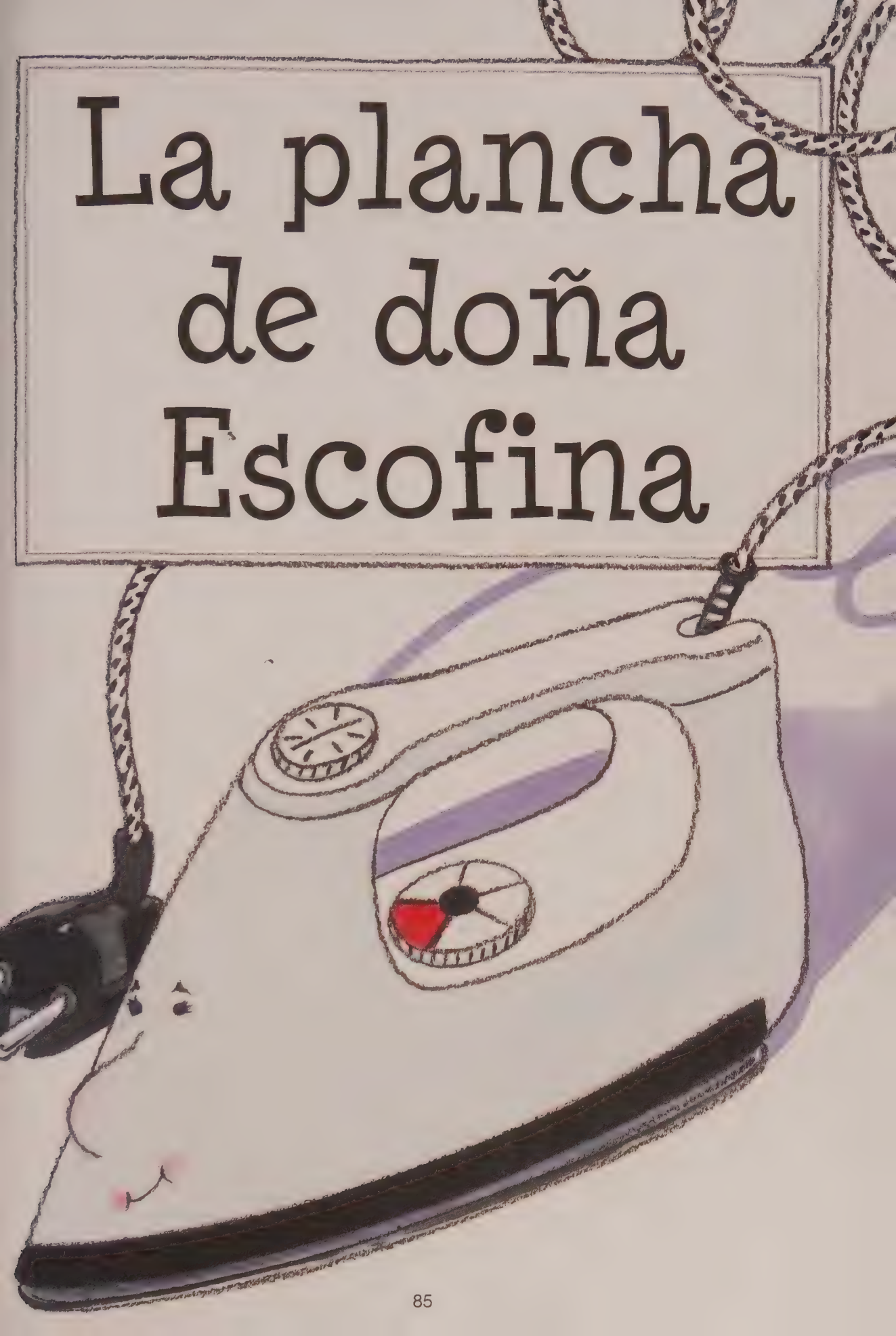
—Sí, sí, vámonos, Moncho, antes de que nos amaestre el tío de los bigotes.

—Adiós, tío Osopío —dijo triste Pío.

Moncho salió volando sin decir ni pío.

Y así fue como Moncho y Pío se encontraron y se despidieron de su tío Osopío, y se volvieron al bosque asturiano, que era lo suyo.

La plancha de doña Escofina



La plancha de doña Escofina
vivía en la cocina.
Doña Escofina era una abuela
que no tenía dientes,
ni nietos, ni parientes,
no tenía nada,
ni muebles...
Sólo tenía años y una plancha.

También tenía un molinillo de café, un macetero y un compás.

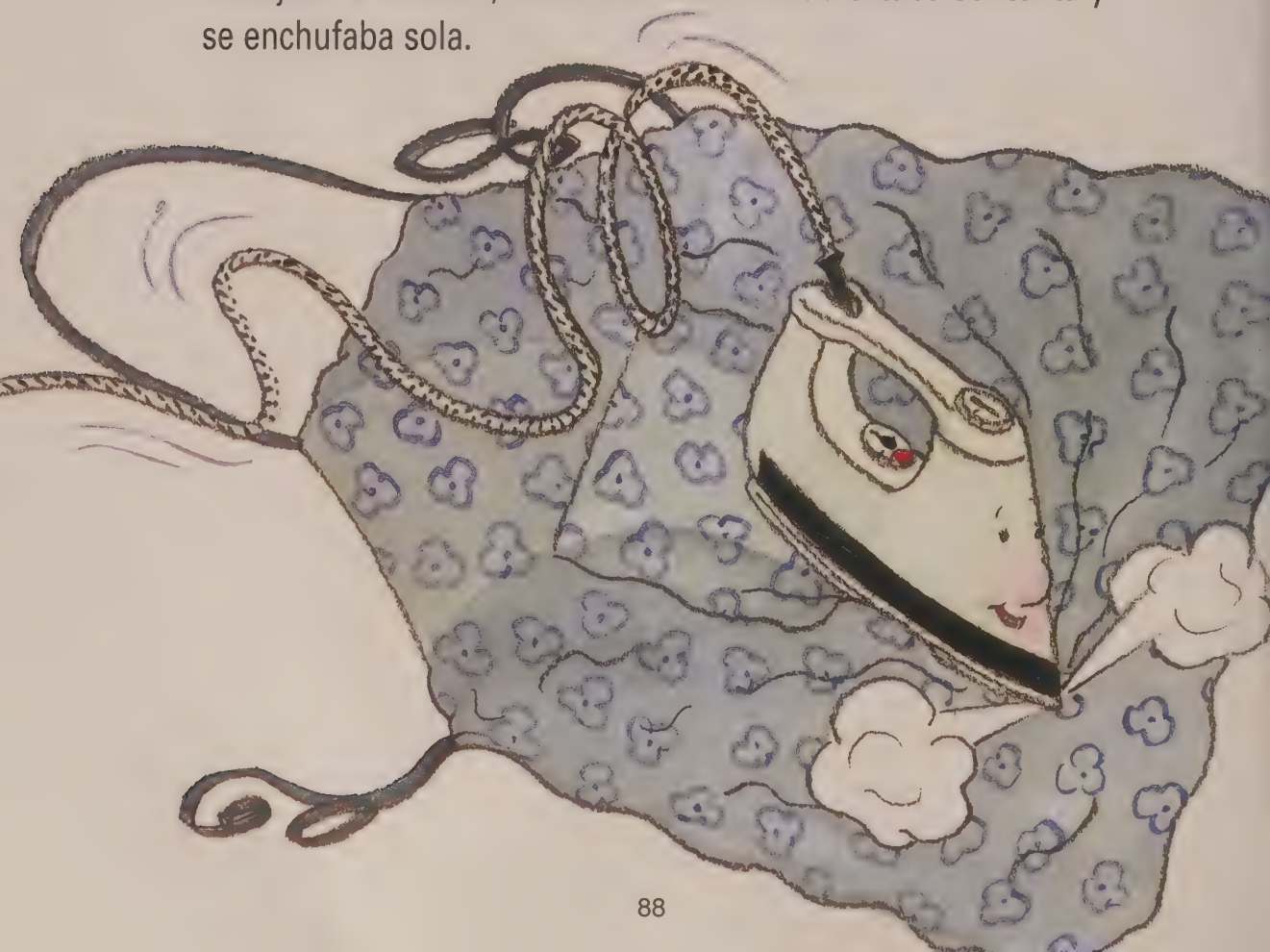
Un día se puso mala.

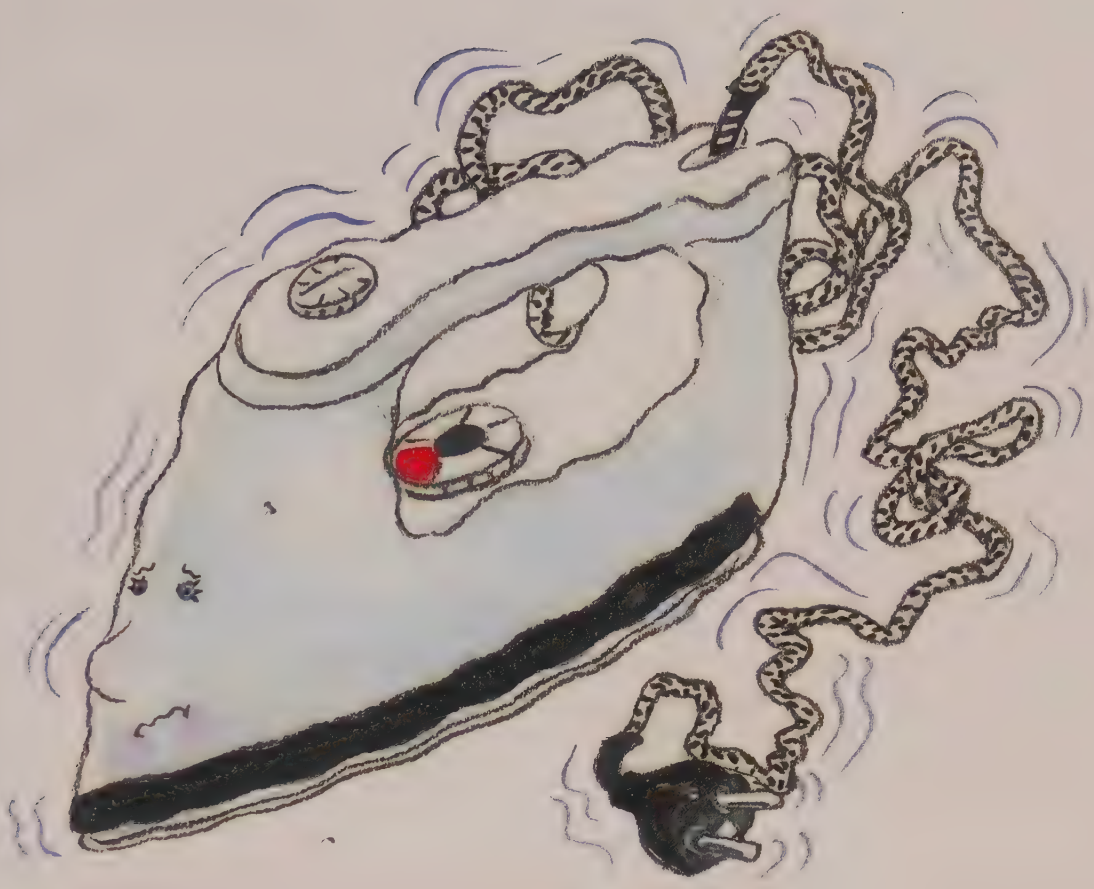
Vino el médico y dijo que no tenía nada. Que sólo necesitaba calor y leche.

—¡Calor y leche! —repitió la plancha—. Como si fuera un gato pequeño.

La plancha, por la tarde, le calentaba la cama. Por la noche planchaba la plancha las puntillas de la cofia, las blusas, el delantal. Por la mañana le calentaba la alfombrilla de la camilla, le molía el café, le apagaba el quinqué.

No era una plancha encantada, era una plancha encantadora. Sin que la vieran, trabajaba a escondidas, trabajaba a deshora; movía el cable cuando estaba contenta y se enchufaba sola.





Una mañana muy fría la plancha se despertó tiritando. Corrió a enchufarse y no se calentaba...

—¿Qué me pasa que no funciono?

La plancha se fue patinando en busca del enchufe de la radio, y nada... Trepó por la pared para tocar la llave de la bombilla, y nada...

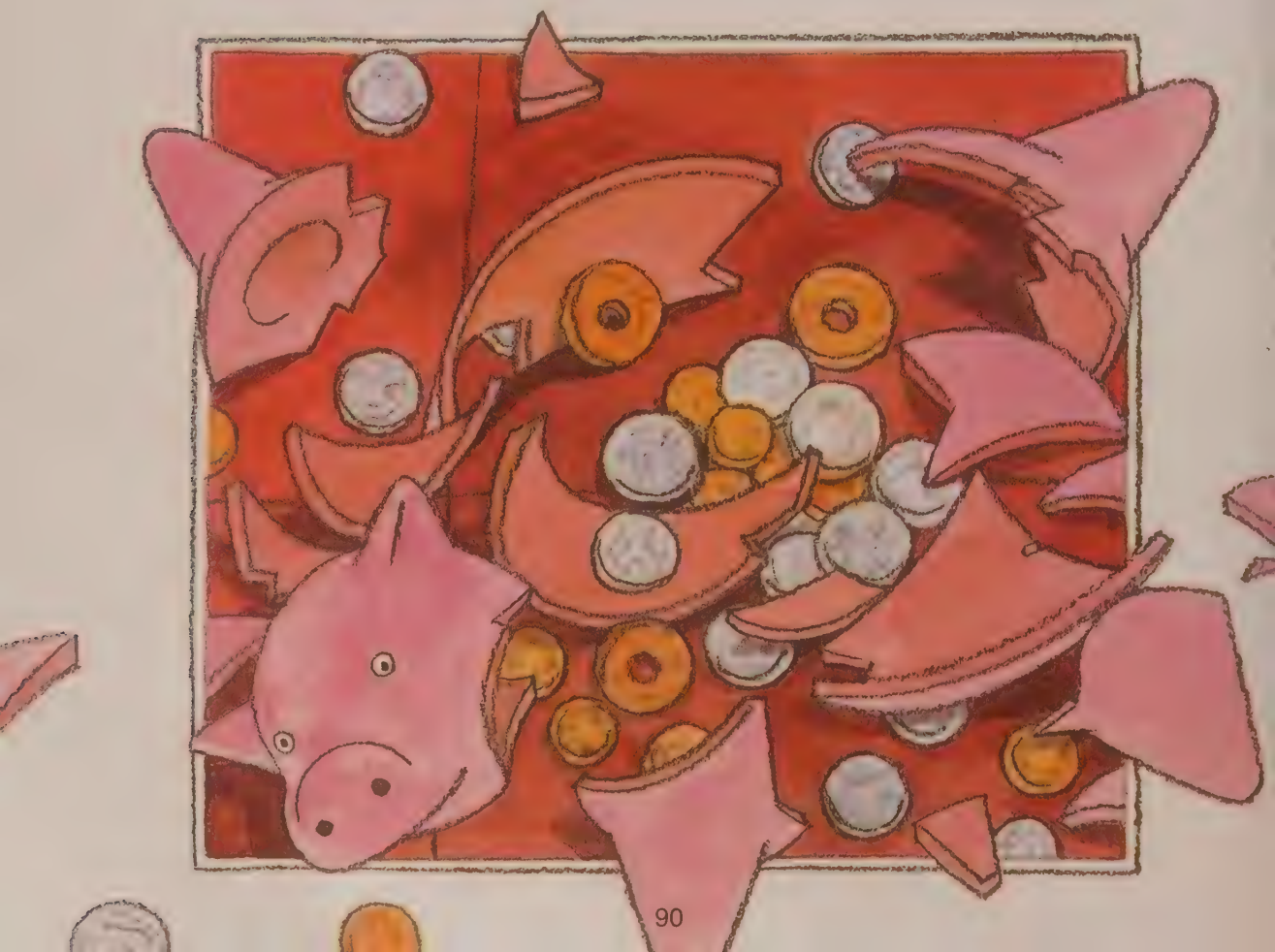
En esto, por debajo de la puerta apareció un papel. La plancha lo leyó y lloró. El papel anunciaba que cortaban la corriente porque doña Escofina no pagaba los recibos de la luz. La plancha se llevó un disgusto tremendo:

—Pero... ¿cómo pueden hacer esto a doña Escofina?... ¿En qué país vivirá?... ¡Son malos!

Del berrinche se puso mala la plancha, tosía y al estornudar ni daba chispazo.

Por otro lado, doña Escofina la estaba poniendo nerviosa, porque iba y venía zascandileando por el pasillo sin parar, hasta que ¡paff!

Doña Escofina acababa de estrellar contra el baldosín su hucha; su hucha que era un cerdito de barro con flores en la tripa, donde ahorraba para su leche y el alpiste del canario. Sonriendo, como si nada, contó las pesetillas, trescientas en total.

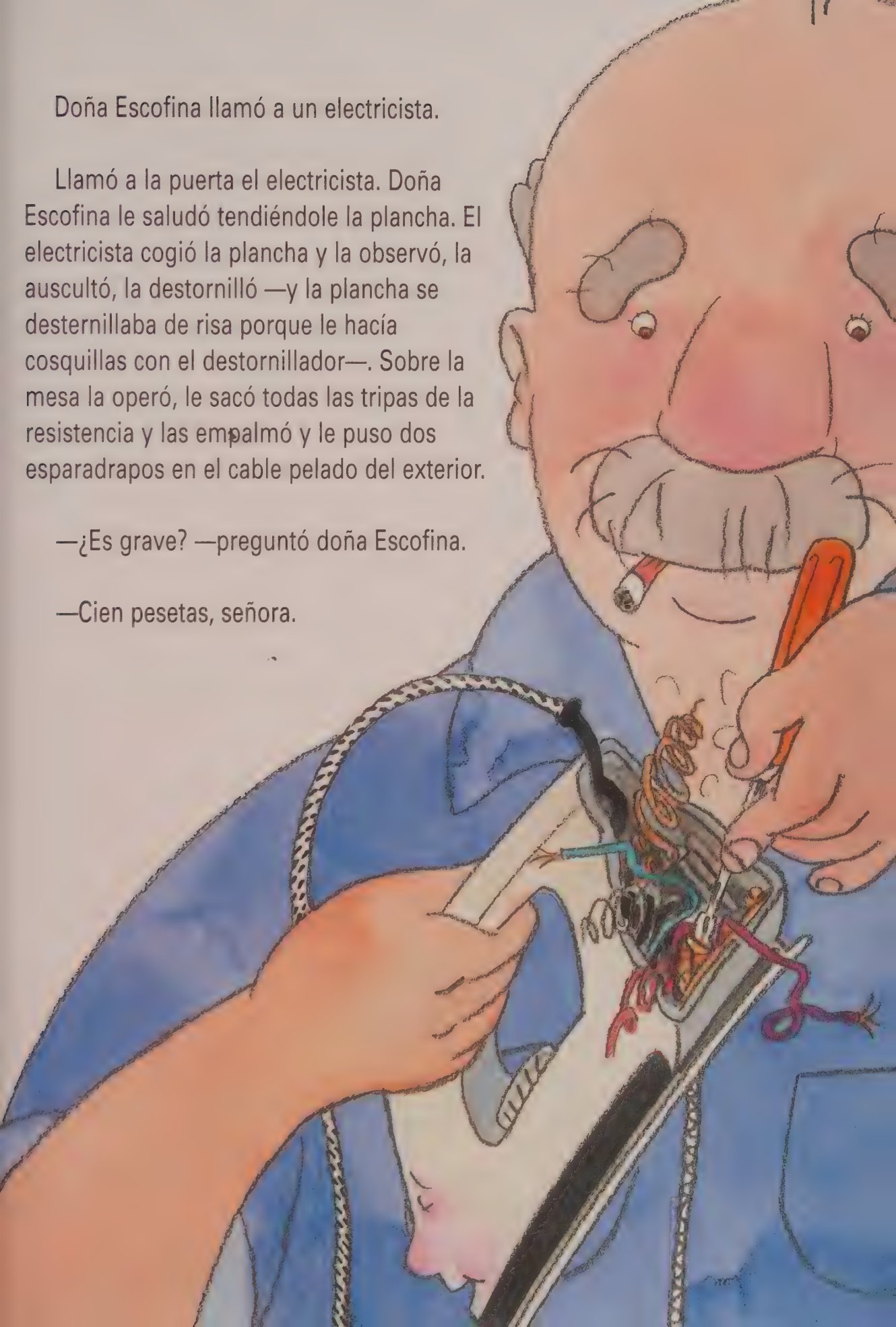


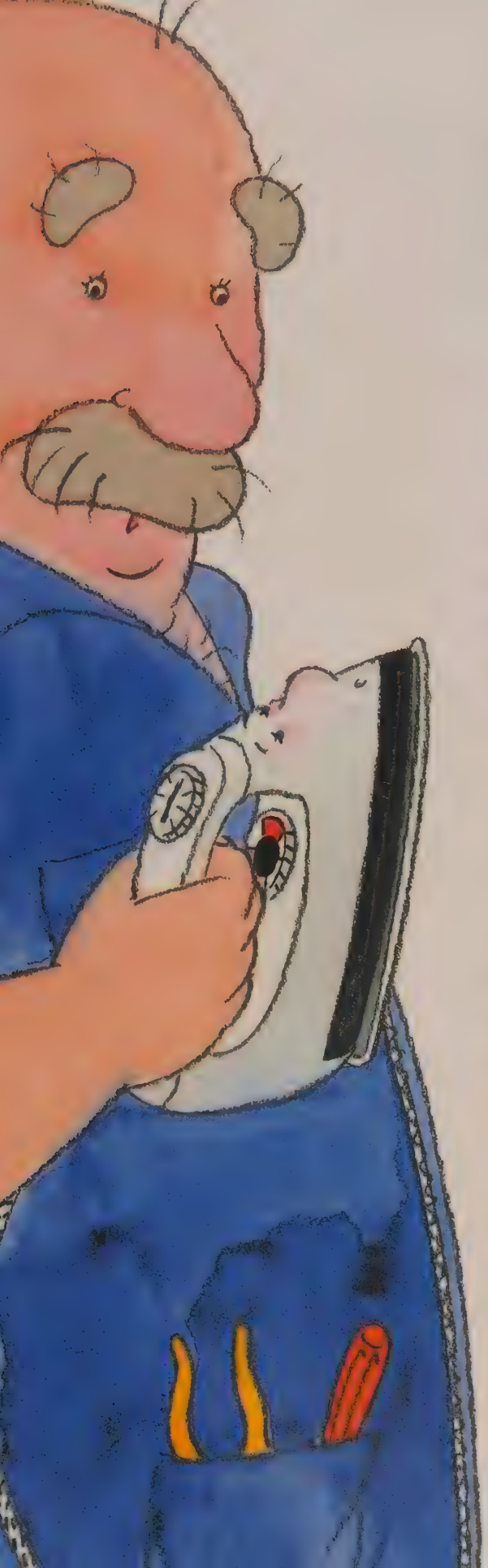
Doña Escofina llamó a un electricista.

Llamó a la puerta el electricista. Doña Escofina le saludó tendiéndole la plancha. El electricista cogió la plancha y la observó, la auscultó, la destornilló —y la plancha se desternillaba de risa porque le hacía cosquillas con el destornillador—. Sobre la mesa la operó, le sacó todas las tripas de la resistencia y las empalmó y le puso dos esparadrapos en el cable pelado del exterior.

—¿Es grave? —preguntó doña Escofina.

—Cien pesetas, señora.





Al terminar de curar a la plancha, el electricista fue muy orgulloso a enchufarla, y su cara de contento cambió a triste en un momento.

—¡Vaya plancha!

—¿Qué?

—Digo que vaya «plancha» que me he «tirao», señora. Es raro. Esto no pita... Nunca me ha pasado esto, señora. En servidor, no es corriente. ¡Ah! Claro que no es «corriente». ¡No hay corriente! Señora, usted no tiene luz.

A doña Escofina le brillaba la plata del moño:

—¿Que no tengo luz?... ¡Ah, sí, claro!... Mire usted, San Electricista, haga que me devuelvan la luz. Tenga usted estas pesetillas y haga que devuelvan la luz a esta viejecita que ni ve...

El obrero cogió el puñado de monedas de doña Escofina y se fue. Por las escaleras bajaba diciendo algo como que «le había tocado el veinte» o que «se había lucido».

Al atardecer se encendieron solas todas las luces de la guardilla de doña Escofina.

Total, que el obrero hizo el milagro.

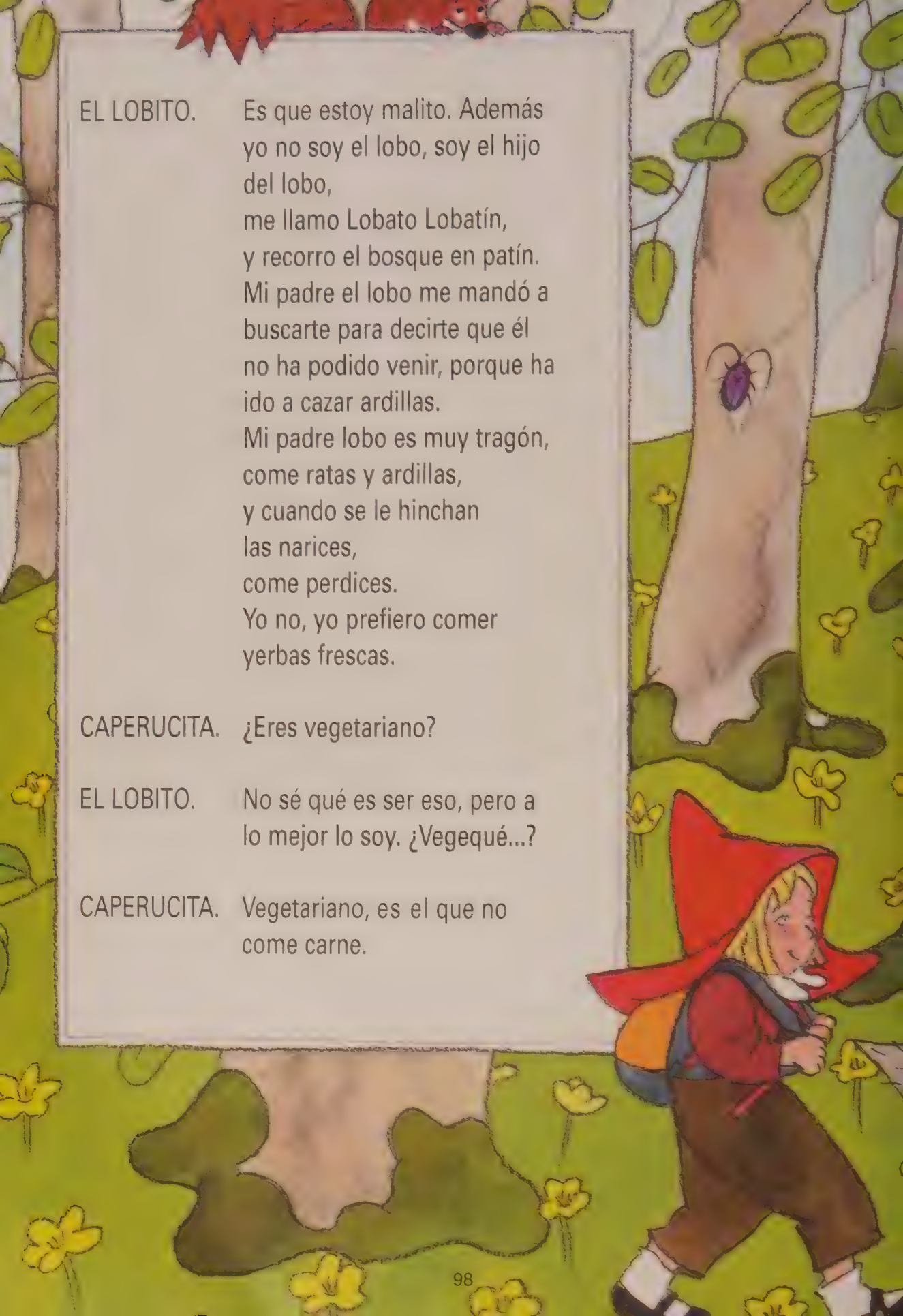
La plancha dio un salto hasta la mecedora y se acurrucó entre las rodillas de su ama.

Doña Escofina comía sopitas de leche y la plancha comía caricias.

—No sé si me quiere porque me quiere o porque le doy calorcito en los sabañones...

Pero la plancha volvió a estar contenta, moviendo el cable como un gato, bajo la toquilla de doña Escofina.

Lobato Lobatín y Caperucita en el jardín

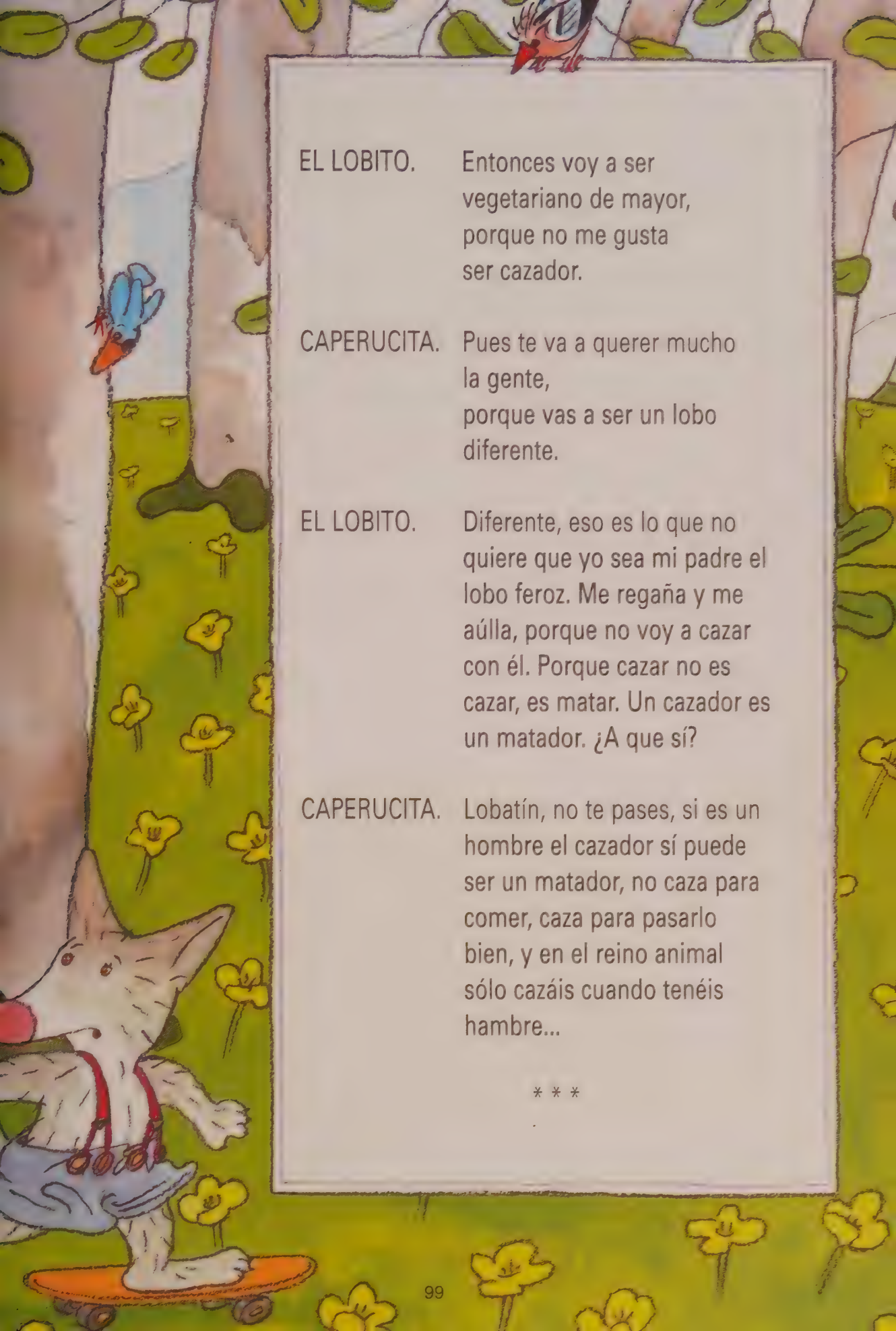


EL LOBITO. Es que estoy malito. Además yo no soy el lobo, soy el hijo del lobo,
me llamo Lobato Lobatín,
y recorro el bosque en patín.
Mi padre el lobo me mandó a buscarte para decirte que él no ha podido venir, porque ha ido a cazar ardillas.
Mi padre lobo es muy tragón,
come ratas y ardillas,
y cuando se le hinchan las narices,
come perdices.
Yo no, yo prefiero comer yerbas frescas.

CAPERUCITA. ¿Eres vegetariano?

EL LOBITO. No sé qué es ser eso, pero a lo mejor lo soy. ¿Vegequé...?

CAPERUCITA. Vegetariano, es el que no come carne.



EL LOBITO. Entonces voy a ser vegetariano de mayor, porque no me gusta ser cazador.

CAPERUCITA. Pues te va a querer mucho la gente, porque vas a ser un lobo diferente.

EL LOBITO. Diferente, eso es lo que no quiere que yo sea mi padre el lobo feroz. Me regaña y me aúlla, porque no voy a cazar con él. Porque cazar no es cazar, es matar. Un cazador es un matador. ¿A que sí?

CAPERUCITA. Lobatín, no te pases, si es un hombre el cazador sí puede ser un matador, no caza para comer, caza para pasarlo bien, y en el reino animal sólo cazáis cuando tenéis hambre...

* * *

Caperucita y Lobatín continuaron andando por el bosque y al llegar al río se sentaron en su orilla a descansar.

EL LOBITO. Yo me río con el río.

CAPERUCITA. Da paz el río, yo me extasío, me encanta mirar los peces. ¡Cómo nadan! ¿Tú comes peces?

EL LOBITO. Tampoco, ya te he dicho que sólo como yerba y alguna flor... ¿Por qué no se ahogan los peces en el agua?

CAPERUCITA. Porque se ahogan fuera del agua.

EL LOBITO. ¿Soñarán los peces cuando duermen?

CAPERUCITA. ¡Si los peces no duermen nunca!

EL LOBITO. ¡Cuántas cosas sabes, Caperucita, me gusta ser tu amigo!

* * *

¡Pom, pom! ¡Pom, pom!

CAPERUCITA. ¡Abre, abuelita,
que soy Caperucita!

(La abuela desde la cama tiró de una cuerda y descorrió el cerrojo).

ABUELITA. ¡Ay Dios mío! Otra vez el lobo...

CAPERUCITA. No te asustes, abuelita, es Lobatín, el hijito del lobo, es mi amigo, es muy pequeño, aún no le han salido los colmillos, es muy simpático y además es pacifista y vegetariano.

(El lobo lamía la mano de la abuelita).

ABUELITA. Pues sí, parece buena persona, es muy cariñoso.

CAPERUCITA. Abuelita, bébete el caldo y come la tortilla de gambas.

ABUELITA. ¡Caramba! ¡Qué rica está la gamba!... Cierra la ventana que se me están quedando fríos los pies.
(Al oír esto Lobato Lobatín dio un salto, se subió a la cama y se echó sobre los pies de la abuelita, para darle calor).

EL LOBITO. Caperucita, ¿me dejas quedarme aquí? Me gustaría cuidar de la abuelita y protegerla para que ningún lobo feroz —ni siquiera mi padre— vuelva a comerse a ninguna abuelita.

CAPERUCITA. Aunque eres pobre, ¡qué rico eres, Lobatín! Quédate con la abuelita, quédate aquí a vivir. Eres como un cordero con piel de lobo, que ningún cazador te alcance nunca, amigo mío.

(Y se dieron un beso).

* * *

El Belén de Cucurucho

Aquella noche hizo tanto frío que los pájaros, en sus ramas, se despertaron muchas veces. Y llegó la mañana vestida de blanco, porque la nieve que bajó del cielo todo lo dejó limpio de polvo y latas y basura.

Carlita acababa de colocar el Nacimiento; ya tenía sus ríos de cristal que olían a chocolate, porque estaban hechos con la plata de envolver bombones. Al pastor viejo, que llevaba una ovejita al hombro, se le rompió una pierna; pero lo demás todo estaba perfecto: la luz del interior del castillo de Herodes el Malo funcionaba bien, igual que el molino, que movía sus aspas sin parar.

—¡Ah! Falta una cosa; hoy hace mucho frío.

Y Carlita se puso a «nevar», nevaba el belén con harina que cogió de la cocina.

—¡Cucurucho, ven! ¡Mira a ver qué te parece!

Y Cucurucho, su hermanito, de unos cuatro años, entrando veloz, habló:

—¡Uy, qué bonito! ¡Uy, qué bien hecho! ¡Uy, qué bien hace!

Y dirigió su mano hacia el camello de un Rey Mago.

—¡Eh, Cucurucho, sin tocar! Te prohíbo que cojas las figuras o toques las casitas, y si vienen tus amigos, que lo vean, que lo admiren y que canten villancicos al Niño; pero que no se sienten en la tabla que soporta el Nacimiento, ni toquen nada. ¿Te enteras?

El Nacimiento no se toca, se ve, mejor dicho, se siente.

—Sí, bueno, ya lo sé.

Ya veis, Carlita era la marimandona; pero es que con Cucurucho todo el cuidado era poco; no sabéis lo demonio que era ese pequeño con cara de ángel.

El Nacimiento estaba puesto en un rincón de la sala, sobre una tarima.

El portal del belén estaba muy bien hecho. El Niño Jesús sonreía en las pajas, gozoso y contento. La Virgen y San José brillaban de alegría y un buey y un burrito se entretenían, como siempre, en calentar con su aliento los pies del recién nacido.

Nadie se dio cuenta del milagro que estaba ocurriendo en la casa.

El milagro era que cuando se puso el Nacimiento, Cucurucho dejó de hacer tantas barrabasadas; no enredaba, no gritaba, no se metía con su hermana. Se solía sentar junto al Belén a mirar y a remirar las figuritas.

Una mañana se levantó Cucurucho muy temprano; su hermana Carlita dormía todavía; sus padres y sus hermanos mayores también, y Cucurucho estaba quieto llorando en silencio junto al Portal.

Y más decidido, comenzó a acariciar a las frías ovejas de barro pintadas de blanco, mudó a una lavandera de orilla, adelantó y colocó muy cerca del Portal a la regia comitiva de los Reyes, cogió el pesebre y lo contempló en sus manos, dio un beso al Niño y lo volvió a colocar; cogió después al gracioso burrito que a un lado del pesebre estaba echado y... ¡qué mala suerte!, se le cayó al suelo y se partió en muchos trozos.

Cucurucho, tembloroso, recogió los trozos y salió a tirarlos a la calle; también cayeron a la calle unas lágrimas, porque Cucurucho estaba llorando silenciosamente junto al portal de su casa y vio, muy borrosamente por las lágrimas, un burrito pequeño; se parecía al que acababa de romper, sólo que éste era de verdad.

Algo se le ocurrió, pues secándose los ojos cruzó la calle; sin ser visto, se acercó al pequeño animal y le dijo:

—Oye, burrito, ¿quieres venir a estarte en el Nacimiento?

El burro le miró, sacudió sus orejas y bajó la cabeza.

—¿Sí quieres? ¡Pues ven! ¡Corre!

Y cogiendo al burro del trapero de una gruesa cuerda que tenía de collar, le metió en su portal. Menos mal que vivía en el primer piso y había pocas escaleras que no con mucha dificultad subió el burrito.

Tuvo suerte. Nadie vio nada. Despacito lo metió en su casa, despacito atravesó el pasillo, despacito llegaron al Nacimiento y el burrito gris y medio pelado dobló sus patas en la puerta.

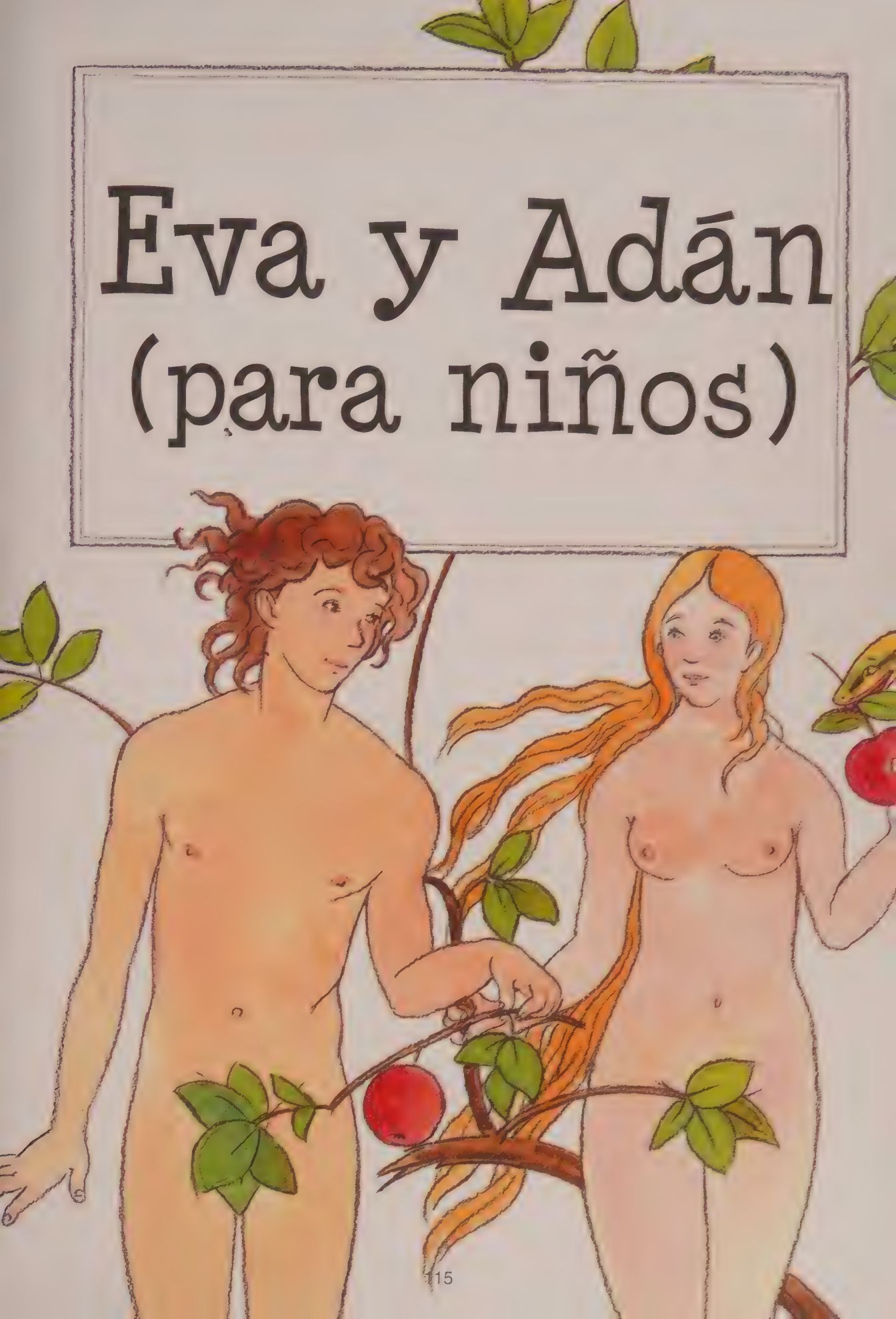
—¡No, tonto! —le dijo Cucurucho—; si no es ahí donde tienes que ponerte; es aquí, aquí junto al Niño Jesús, para que no tenga frío.

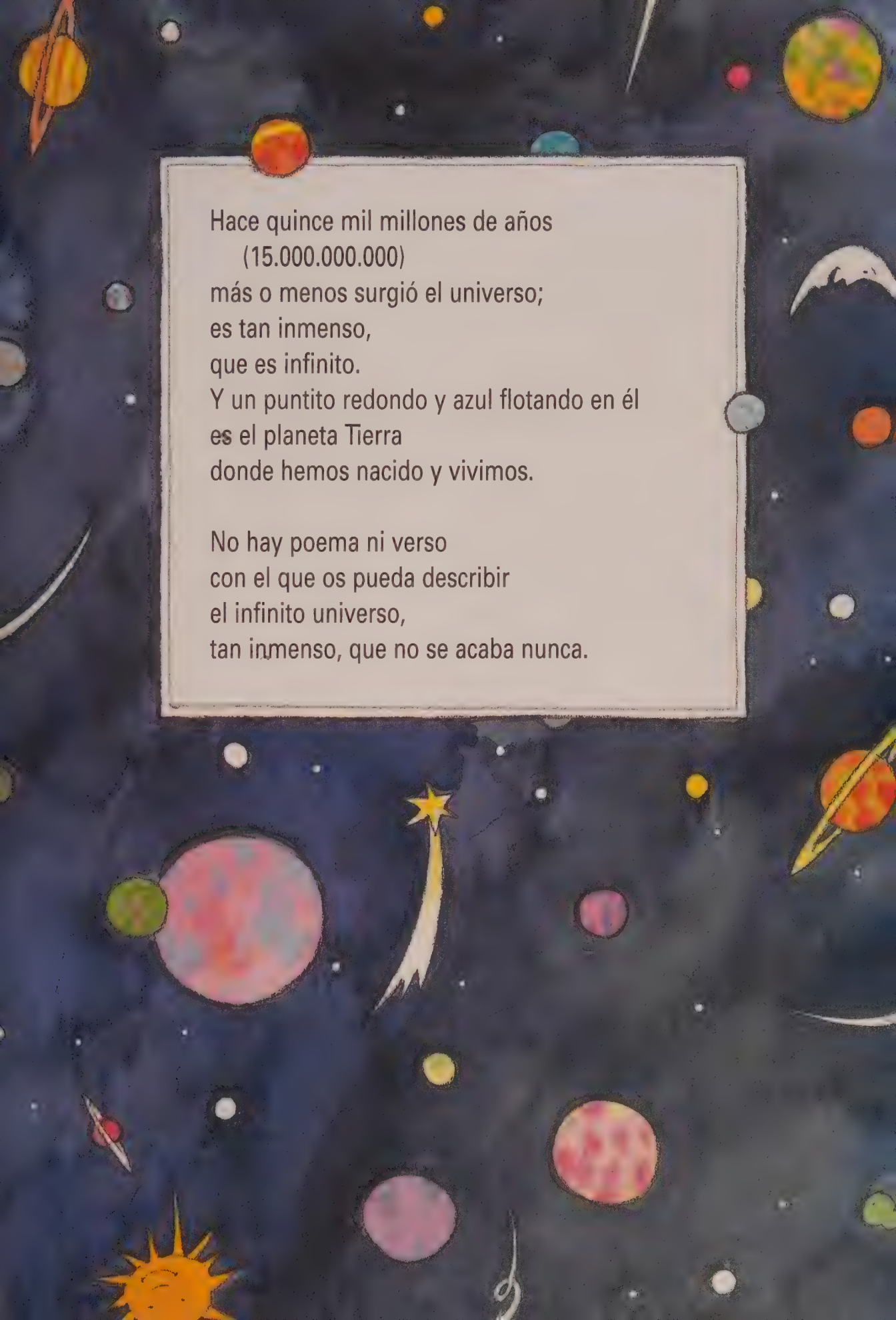
Y a la derecha del Portal de Belén, sobre las baldosas de la sala, se echó el simpático burro del trapero y se quedó quietecito, quietecito, calentando y calentito.

Muy feliz le contempló Cucurucho y suspiró diciendo:

—¡Ay, qué pena que rompí la figurita del burro! Pero así, con éste, nadie notará nada.

Eva y Adán (para niños)





Hace quince mil millones de años
(15.000.000.000)
más o menos surgió el universo;
es tan inmenso,
que es infinito.
Y un puntito redondo y azul flotando en él
es el planeta Tierra
donde hemos nacido y vivimos.

No hay poema ni verso
con el que os pueda describir
el infinito universo,
tan inmenso, que no se acaba nunca.

Adán estaba en el Edén, vivía feliz como en un paraíso, con su novia Eva.

Adán era feliz, no tenía suegra.

Eva y Adán celebraban todos los días el día en que se conocieron, pero no podían celebrar «el día de la madre».

Los animales salvajes les lamían los pies.

Las abejas les hacían miel dulcísima.

Podían comer toda clase de frutas ¡menos manzanas! Pero esto no les importaba.

En el bosque-selva donde vivían, no hacía ni frío ni calor.

Bebían agua fresquita de los ríos recién nacidos entre las piedras (hoy se llaman manantiales).

Eva y Adán jugaban a correr y saltar.

Aprendieron solos a nadar en los lagos dulces. A trepar aprendieron en los altos

árboles. Eran muy inteligentes. Los monos fueron sus maestros. Siempre juntos.

Los diplodocus se paraban a admirarlos.

Cogidos de la mano dormían felices en la cómoda cueva.

Los murciélagos les cantaban nanas.

Desayunaban leche de cierva calentita, recién ordeñada.

No tenían que trabajar.

No hacían nada.

Solamente pasarlo bien, jugar, reír, mirar los colores de las flores silvestres, su perfume era delicioso; se sentaban a escuchar el canto de los pájaros, que era música celestial.

Eva y Adán fueron la pareja más feliz del mundo.

Un día comieron una manzana y naciste tú.

Índice

Picatoste 7

Donosito el oso osado 21

La gallina que no sabía poner huevos 35

Tres tigres con trigo 45

El pulpo mecanógrafo 61

Moncho y Pío encuentran a su tío 71

La plancha de doña Escofina 85

Lobato Lobatín y Caperucita en el jardín 95

El Belén de Cucurucho 105

Eva y Adán (para niños) 115

COLECCIÓN

Biblioteca Gloria Fuertes

Gloria Fuertes

D.L.: M-6508-08
ISBN 978-84-305-6591-7
Printed in EU
9 788430 565917
Ref. 294-03

© SUSAETA EDICIONES, S.A.
Campezo, s/n - 28022 Madrid
Tel.: 913 009 100 - Fax: 913 009 118
ediciones@susaeta.com

C0-BJG-118